

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 20
Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, NOVIEMBRE 11 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



HEBE.

Cuadro de Raulbach.



1. Á bordo.—2. En China.—3. Movimiento Electoral.—4. En Inglaterra.—5. Frente á Chesburgo.

1.—Estas líneas que muy claras y derechas veáis, lectores míos, han dado, seguramente, un quehacer endiablado á los tipógrafos; están escritas á la altura de New-fornid-land (leed Terranova) por quien todavía no ha sido ni siquiera capitán de buque, y aunque es magnífico el tiempo, el navío, (uno de los mejores, ya que no de los supremos de la gran línea de navegación germano-americana, el "Auguste Victoria") se acuesta que es un gusto sobre babor y tengo que resolver, dos veces por minuto, el terrible problema de escribir en hamaca. ¿Y sobre qué os escribiré? No sé nada. Estoy en el limbo que separa dos mundos, y el que no sabe lo que ha pasado dos días antes, nada sabe en este tiempo; el telégrafo nos cambia el panorama del mundo dos veces al día, y si os hablo del último que yo he visto vais á decir, que creo estar en mi clase contando á los muchachos, que son todo ojos, todo sonrisas, todo nervios, y que renuevan para mí la juventud con sólo sentir las palpitaciones de su vida, una lección de historia antigua.

2.—Cambiamos, pues, los papeles é instruídme vosotros de lo que pasa ya que no puedo hacerlo yo. ¿Qué sucede en China? Ya supongo llegado á Pekín al Graaf von Valdersee; allí supongo que no habrá encontrado ó no encontrará las cosas fáciles. ¿Se habrá dejado, se dejará visitar por el viejo camastrón del marqués Li-Hung-Chang? Si se deja visitar, si entra con él en pláticas, aun cuando no haya protocolos, si consiente en reconocerlo como comisionado por el fugitivo gobierno chino, equivaldrá esto á una retirada, y el señor conde habrá perdido su primera batalla diplomática. Porque si Alemania, muy de prisa, en honor de la verdad, puso como condición, "sine qua non," para la paz el que previamente fuesen castigados los culpables, reconocidos tales por un jurado internacional, es claro que si pone esta condición al debate perdió su terreno, su actitud, dió un paso á retaguardia.

Pero es claro que debe darlo; no es la primera vez que el gabinete alemán atenúa en el terreno de los hechos la fuerza de una declaración formulada ó inspirada por el Emperador; la actitud de Inglaterra poniéndose del lado de la solución americana y que evidentemente ha arrastrado al Japón, deja á Alemania sola con las dos naciones que son justamente las que tienen en China menores intereses, mínimos; pudiera decirse, sus augustas aliadas Austria é Italia. La situación es falsa y llevará al imperio germánico derechamente á la guerra con China; pudiera ser que esto buscarse el emperador, y sería un golpe audaz, pero acaso certero. Efectivamente, en este caso, como la derrota de los chinos es segura, como esa guerra puede circunscribirse á un radio de acción que comprenda algunos grandes distritos solamente, Chang-Tun, en donde ya los alemanes tienen posesiones; Pe-ti-chilli, que es el distrito de Pekín, y acaso los centrales é interiores del Yang-tsé, resultaría relativamente fácil y la paz haría de Alemania la principal poseedora en China. ¿Y ésto quién se lo habría de impedir? Al contrario, todos los compadres del concierto anti-chino, se apresurarían á tomar parte en la rebatiña. Me interesa mucho, pues, saber lo que allí pasa.

3.—De lo que puedo con mayor seguridad hablaros, es del movimiento electoral americano; he atravesado los Estados Unidos casi de un extremo á otro, y ni desde las ventanillas de mi vagón, ni desde la acera de mi hotel en New York, he notado nada. Diríase que los partidos se recojen y almacenan aliento y fuerza para partir el uno contra el otro; pensaba hallar aquí un pue-

blo entero en movimiento y el suelo americano estremecido por el huracán de los meetings sin término. Nada. Una encantadora americanita de San Luis Missouri, que pasó por las calles y los salones de México, en el invierno pasado, blonda, rosada y efímera como una rosa matinal, escribía á un amigo mío, al comenzar el período electoral en los Estados Unidos, que aquello iba á ser la guerra de secesión de las palabras y los gritos; y así empezó, pero hoy se ha concretado á las palabras, sobre todo á las palabras de los periódicos, en éstos si que la batalla es inmensa, que sube de tono todos los días; en los periódicos y en los anuncios; desde "Eagle-pass," desde donde la garra brutal de la Aduana americana acude y estruja al viajero, hasta la ciudad-imperio, pasamos por una valla de anuncios, iguales á los de las drogas y de las novedades en maquinaria, que avisaban las visitas de los candidatos aquí y allá. El más anunciado era, sin duda, Th. Roosevelt, que ha sido hasta hoy el gran "speaker" electoral del grupo republicano, y en torno del cual se han librado algunas batallas y ha habido algunas lapidaciones sin mayor consecuencia.

Pero no le hace, nada parece capaz de galvanizar al cuerpo electoral que dió mucho de sí en los primeros momentos; en el hotel en que viví dos días en New-York (de la Quinta Avenida) se reunía el comité directivo del partido republicano en el Estado, el más importante quizás de la Unión, y algunos de sus miembros, serios, insignificantes, cualquier cosa, veían impasibles al salir de sus reuniones, los primores con que los regalaba un propagandista demócrata que había alquilado un cuarto en uno de los pisos más altos de un hotel contiguo y desde allí proyectaba con una poderosísima linterna, retratos é inscripciones sobre el Arco de triunfo en "staff" levantado para Dewey. No podían esas inscripciones ser más expresivas: "no queremos trusts;" queremos república, no imperio, un presidente no un emperador, McKinley contra Bryan, es la riqueza contra la república ("wealth agaisht conunon-wealth.")

Todo ello es profundamente grave; el partido republicano ganará las elecciones y mis lectores lo saben ya probablemente en los momentos en que lean esta revista; la lucha se habrá renovado furiosamente al fin, y palabras terribles deben de haberse cambiado anunciadoras del fin de la federación: no se cumplirán, por fortuna, los juramentos de la cólera, y todos volverán tranquilos, hoy como ayer, á sus ocupaciones. Pero la disidencia es profunda y ninguna lo fué tanto en la historia de la Unión, desde la lucha anti-esclavista; puede guardar en sus obscuridades todo el porvenir de la Federación.

El triunfo del partido demócrata habría sido una catástrofe económica para los Estados Unidos; toda intervención gubernativa en el delicadísimo sistema monetario, como no sea para sancionar y facilitar la circulación de valores reales, puede determinar un siniestro en el orden económico: fijar una relación cualquiera, inalterable entre dos tipos de moneda, de los que uno ha dejado de ser, en la mayor parte de los países industriales y mercantiles, una expresión monetaria, para convertirse en una mercancía pura, es exponer á la Nación, que con tamaña resolución apechugue á la pérdida total y súbita de su reserva de oro y de aquí á la conjunción de todas las bancarrotas particulares en una bancarrota general. Bryan personificando una tentativa de este género en los Estados Unidos, se ha hecho imposible para la presidencia. Si dentro de cuatro años triunfase el partido demócrata, sería con otro candidato y alterando profundamente esta parte de su programa, como uno de los centimillonarios americanos se lo aconsejaba.

Pero tampoco debemos hacernos la ilusión los que quisiéramos que la democracia americana nunca dejara su carácter pacífico, garantía suprema para los países ibero-americanos; no sólo es la cuestión de plata uno de cuyos múltiples aspectos acabamos de indicar, la que ha llevado la mayoría contra Bryan y ha conspirado contra él, como un inmenso "trust" político, á los grandes ricos americanos, es que, nos parece haberlo dicho ya, el imperialismo tiene el voto de las mayorías electorales: Mr. Roosevelt ha hecho jugar

con mucho acierto y seriedad, el patriotismo, el celo por el honor de la patria empeñado en las Filipinas, sobre todo, en favor de la causa republicana; el imperialismo para las masas populares es cuestión de orgullo americano:

El tiempo curará esta enfermedad; cuando los americanos se convenzan de que se van á encontrar arrastrados en la lucha por el predominio en el Pacífico, y que tiene que transformarse definitivamente en un estado militar, computarán con la precisión con que ellos saben hacerlo, los enormes sacrificios de libertad que tienen que hacer para llevar á cabo un negocio malo y encontrarán el modo de detenerse y de volver en sí mismos.

4.—Y puesto que de elecciones se trata, no habrá que olvidar la victoria de los imperialistas ingleses en tan exacto parangón con la de los norteamericanos; Mr. Chamberlain debe de sentirse profundamente satisfecho; bajo sus auspicios y de la sangre mezclada de dos grandes pueblos en tremenda querrela, ha nacido el imperio sud-africano, estrella de una mayor constelación "de una mayor Gran Bretaña." El partido liberal ha quedado maltrecho en el campo electoral, y difícilmente se levantará en muchos años de esta derrota; pudiéramos decir que como grupo capaz de equilibrar por sí solo al unionismo, ha cesado de ser en la historia inglesa; no es un todo, es un elemento capaz de entrar en la composición de futuros todos.

Va á suceder al partido liberal inglés, lo que ha sucedido con el belga, que ha pasado á la historia en su programa tradicional. Los partidos para renovarse están sentenciados á ir hacia la democracia, allí está para ellos la fuente de Juvenio; allí se regeneran muriendo; el partido liberal tiene que penetrar en la democracia y en ella encontrarse con el elemento socialista y de aquí un mundo de consecuencias.

Una entre muchas: el liberalismo pierde su religión absoluta de los derechos individuales; y reconoce la supremacía de los derechos sociales; el socialismo pierde su religión en la bondad absoluta de las revoluciones y se convierte en parlamentario y reconoce el derecho de las burguesías á tomar parte en el gobierno; algo así va á pasar con el partido liberal inglés.

Y es que la sociedad ha cambiado bajo los partidos; éstos en Inglaterra inventaron el parlamentarismo para evitar el monopolio político y distribuirse por turno el poder; luego la aristocracia, en que se llamaban liberales ó "whigs" los partidarios de las prerrogativas del parlamento (es decir, los más aristócratas, los más oligarcas, y conservadores ó "tory") los partidarios de la prerrogativa del rey, tuvo que ensanchar sus filas y una oleada de burguesía rica lo invadió; es la que hoy reina. Pero las masas industriales, las que bajo el suelo monopolizado por unos cuantos millares de terratenientes, encontraron una nueva Inglaterra, la del fierro y del carbón, esa cada vez más numerosa y cada vez más ávida, golpea sin cesar las puertas góticas de Westminster y ó se la deja entrar ó vuela toda la máquina. El sufragio ha ido poco á poco ensanchándose y antes de concluir los diez primeros años del siglo entrante, ya será casi un sufragio universal; ese será el momento psicológico; entonces la vieja disposición política vendrá por tierra y pasará la Gran Bretaña por las mismas terribles crisis que los pueblos continentales, con la diferencia que ella pondrá en las soluciones un poco más de sentido práctico.

Y andando los tiempos quedará de nuevo rehecha la distribución fundamental: tornarán á encontrarse frente á frente los partidarios de la libre acción del individuo y los de la intromisión necesaria del Estado, y volverá á haber liberales y autistarios; éstos serán los socialistas. O sucederá otra cosa, lectores míos, pero no os digo cuál, porque la ignoro.

5.—Pasamos de las costas de Inglaterra, que he tenido á la vista por una ventanilla del salón de fumar en que escribo, á las costas de Francia; y me pregunto: ¿y aquí qué habrá pasado? Tengo la seguridad de encontrar vivo al gabinete

Waldeck-Rousseau' y es probable que lo vea yo cerrar la exposición. Ciertamente que los enemigos del actual gobierno, sintiéndose impotentes para hacerlo caer por medio de la acción parlamentaria, habiendo dado en la flor de pedirle que cayese solo, que renunciase al poder, porque lo que se había propuesto hacer estaba hecho, porque el asunto Dreyfus estaba terminado y la Exposición á punto de terminar.

Pero habrá que confesar que sólo en un acto de insensatez podía M. Waldeck, abandonar una tarea, cuya primera parte ha sido llevada á cabo, con tan buen éxito, á pesar de las furiosas censuras, de quienes no podemos tolerar á los socialistas, en el poder como si constituyendo éstos un fuerte grupo parlamentario, pudiesen estar indefinidamente excluidos. Sólo un grupo parlamentario puede caer en estas excomuniones el de los que niega la legitimidad del principio republicano. Todos los otros grupos forzosamente deben entrar como elementos de las combinaciones políticas que determinen la formación del gobierno.

Haber sentido esto, haber subido por encima de sus prejuicios de liberal doctrinario hasta sus supremos anhelos de salvación republicana, haber clasificado así cano y á seguida el principio liberal y haber intentado cojugar éste momentáneamente con el socialismo para hacer de todo un gobierno de coalición, y dejar en el socialismo la necesidad de ser gubernamental para vivir como entidad política y de prescindir de la revolución y de atenerse á la marcha evolutiva de los grupos humanos, no era poca tarea; demanda todavía tiempo; demóslolo; dádselo.

Justo Sierra.

EN EL PARNASO.

Sólo en París y durante una exposición universal, pueden organizarse festivales de la importancia del que la sociedad de los Artistas Dramáticos celebró días pasados en el Trocadero. Bien sé que en Londres, en San Pablo y en Albert Hall, en Alemania, en plena plaza pública y en Francia misma en los antiguos y ruinosos circos romanos de Bezières, de Arles y de Nimes, se hacen conciertos monstruosos ó portentosas representaciones teatrales, en que se resucita la tragedia griega y en las que se mueren millares de coristas y figurantes ante multitudes de espectadores. Estas representaciones son imponentes por su masa, grandiosas por sus proporciones, memorables como reconstituciones históricas, profundas y dignas de estudio por el papel que desempeñan en la educación estética de las masas y en el progreso artístico de los pueblos.

El festival de los Artistas Dramáticos lo caracterizan no su masa pesada, ni su estructura monumental, sino el haber sido delicadamente exquisito, su alto refinamiento y su carácter de dirigirse, no á las masas sencillas, sino á los gustos refinados y exigentes, á una selección de inteligentes y de conocedores, á un núcleo de altos espíritus que, por fortuna, en Francia, son legión y que llenaba los ámbitos de la vastísima sala.

El programa incluía números de concierto, recitación, baile, conferencia, canciones y monólogos, todo selecto, tomado de lo mejor de los grandes maestros líricos, de lo más inspirado de los poetas eminentes y de lo más delicado y espiritual de los humoristas.

El personal de artistas no volverá á reunirse, ni en París mismo, en muchos años, y la ejecución



Señora Beatriz Redo de Zaldívar,

† en Madrid el día 6 de Noviembre de 1900.

quedará como modelo de todos los géneros y como ejemplo único en el mundo. Veámoslo si no.

Se abre el concierto por el "Crucifix" de Faure, cantado por veinticuatro tenores y veinticuatro barítonos acompañados por el órgano monumental del Trocadero, y ese coro está constituido por los primeros tenores y los primeros barítonos de la Grande Opera y de la Opera Cómica. Coro monumental, puede decirse, único en su género, digno de un "parterre" de reyes, y como no lo podrá jamás reunir un rajah "dilettanti." Las admirables voces de Alvarez, de Vaguet, de Maredhal, de Cazeneuve, se funden con las poderosas y dulces á la vez de Delmas, de Renaud, de Noti, de Bartet, de tantos y tantos solistas que forman un todo armónico inimitable, inaudito y sublime.

Viene luego el "Ave María" de Gounod, acompañada por veinticuatro violines y doce arpas, y el órgano, los primeros violines y las primeras arpas de Francia, y cantado por los sopranos de fuerza y ligeros de las dos grandes instituciones musicales de París. El "Ave María" entonado á la vez por Luisa Breval, Aino Ackté, la Basman, la Grandjean, la Hak, la Brejean-Silver, la Landami, la Tifaine, la Mastro, es un coro de ángeles. Aquellas purísimas voces parecen bajar del cielo, vibran como caricia en el oído, impregnan como un bálsamo el corazón, penetran todo el sér y lo inundan de celestes dulzuras. Cuando se ha oído ese himno así cantado y así acompañado, se adivina que Gounod lo escribió para que lo cantaran querubines, y que se lo dictó una voz de arcángel. El público transportado aplaude y llora y llega la emoción á ser dolorosa á fuerza de ser intensa.

Saint-Saens y Diémer se apoderan del piano, lo acarician, lo hieren, le arrancan suspiros y lamentos, ruidos y alaridos; el mecanismo, galvanizado, emana armonías, despide destellos; arrulla como tórtola, trina como ruiseñor, resuena como clarín de guerra y llena la nave con vibraciones del más extraño y admirable de los "scherzzos."

Se interrumpe el concierto y viene el intermedio literario. ¡Qué decir de ese maravilloso desfile de genios, de evocadores, de intérpretes maravillosos del inspirado pensamiento del poeta, vulgarizadores de la profunda lucubración del filósofo! En sus labios el verso se modula como un canto, la prosa se armoniza como una música; aquellos hombres y aquellas mujeres tienen el secreto de todos los dolores y de todos los goces humanos; su llanto es desolador, su grito entusiasta, su ironía sangrienta, su risa angustiosa, su amor tierno, su pasión impetuosa. Todo cuanto la voz humana puede expresar y puede expresarlo todo, aquellas voces lo expresan y lo dicen. Por su boca entona himnos, Hugo; canta estrofas, Musset; modula sonetos, Heredia; susurra idilios, Lamartine. Con ellos se ama, se odia, se sufre, se goza; se vive en una hora toda la vida humana. Coquelín, Maudet Saully, Lebin, Coquelín Cadet; Sarah Bernhardt, Jane Harding, Bartet, Judic, Simón, Girard; Gallipaux, Palin, Fugère, cito al acaso, nos pasean á través del poema épico, de la oda triunfal, de la fábula, de la tragedia, del sainete, de la canción picaresca, del monólogo desapiplante y nos hacen pasar revista á todas las formas literarias, á todas las manifestaciones del arte escénico. Revista que es un almanaque de recuerdos dulces para los que seguimos hace treinta años el movimiento del arte teatral moderno.

Judic nos emociona, es ahora una matrona noble y solemne la que antes fué una "divette" picaresca y mal intencionada y canta aún su inolvidable "pi-ouit" con la misma gracia inge-

nua y la misma punta de maliciosa inocencia. Es ya una ruina; pero en ella anidan tórtolas, trepan las yedras y la cubren de flores y de frondas.

El momento supremo, el instante sublime, fué aquel en que Aino Ackté, una niña, y Faure, un anciano, cantaran el dúo de "Mireille." Fué genial la idea de unir aquel pasado con este presente; de apoyar aquel lirio en esta encina, de hacer un ramillete con el botón de rosa y la rama, medio seca ya, de mirto.

Ackté es joven y bellísima, comienza apenas y ya se ve aclamada y se la presagia un brillante porvenir; es un genio en su aurora. Faure es un viejo cubierto de canas y de laureos, fué único y sigue siéndolo, vive, retirado, de sus recuerdos de otra edad, tiene un pie al borde de la tumba y la pupila fija en lo alto; es un genio en su ocaso.

Con esa aurora y ese ocaso, se hizo un crepúsculo esplendente, profundamente tierno, á la vez que deslumbrador. No sé que haya emoción comparable á la que experimentamos al oír fundidas en un mismo canto una voz que viene del cielo y otra voz que baja al sepulcro. Emoción dolorosa y dulce, mezcla de esperanzas para lo porvenir y de recuerdos de lo pasado; presagio y tradición, principio del mañana y fin del ayer, nido y tumba amalgamadas, como amalgama la vida lo que está á punto de acabar, con lo que empieza á surgir.

Esa misma incoherente y disparatada pero profunda emoción debe al morir experimentar el creyente: de un lado un mundo que se hunde en la nada; del otro un empuje que surge en el espacio.

Justo Sierra

DE "ELEGÍAS MODERNAS"

EN MEMORIA DE MI PERRO "BRUDELPIRE"

30 de
Octubre
de 1900.

A JESUS CONTRERAS

Mas.... cree en el amor, existe; mira, soy una prueba de que existe: toma aliento y fe de mi postrer mirada....."

Y un último relámpago en sus ojos el amor encendió. Gracias—le dije, y me incliné á besar la moribunda cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardíos luceros de la noche se desleían; un helado viento como un soplo de muerte, recorría la llanura en tinieblas; y en el fondo, tras un alcór, un árbol se agitaba como dedo que niega.

Lentamente, sobre el negro ataúd del horizonte, un crespón blanco apareció en la sombra y se extendió como triunfal bandera por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído en que mi perro agonizaba, estuve por instantes sin fin, absorto en una honda meditación. Un gran misterio rodeábame.....

Y uno de mis niños se asomó á la ventana de la alcoba y me gritó: ¡Papá, muy buenos días! Octubre 31 de 1900.

Luis G. Urbina.

Del raído jergón en que yacía mi perro moribundo, alzó la testa, la gran testa escultórica, orgulloso y altivo, como un dios agonizante. En sus ojos, profundos y febriles, súbitamente se encendió un relámpago de amor inmenso. Mi tristeza entonces quiso asomarse á mis pupilas para dar un adiós á aquel amor sublime.

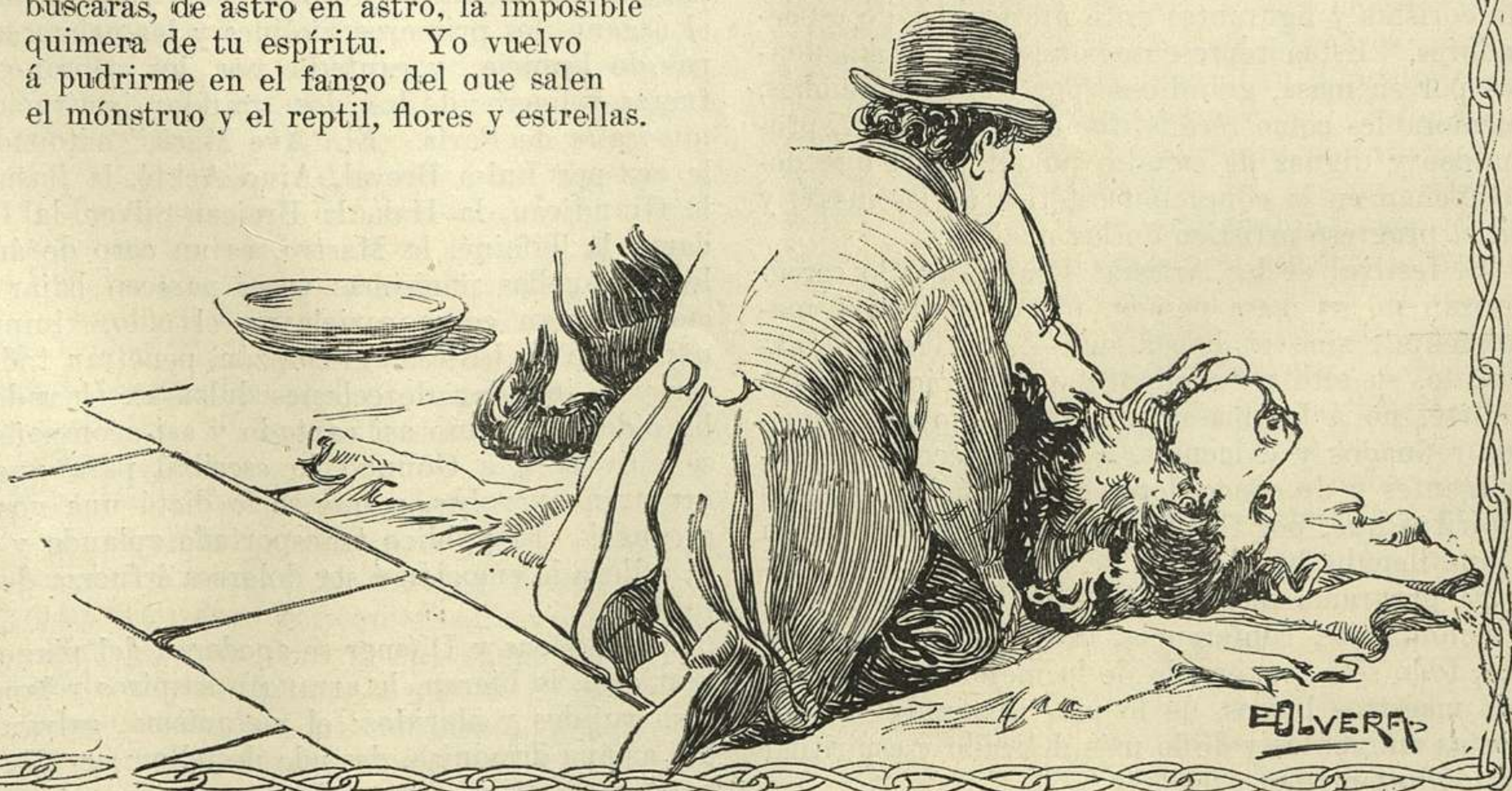
La bestia, estremecida con temblores de ternura, miró caer mi llanto, y con un rudo y soberano gesto de angustia y de dolor,—Gracias,—me dijo. Después, con lentitud doliente y grave, tras la fatiga del supremo empuje, como en un cabezal, reclinó el perro la gran testa escultórica en el muro.

Pero sus ojos tristes, tristes, tristes, me siguieron hablando:

"Es la primera vez que no te obedezco, no me llames, ya te voy á dejar amado mío. Viví de tí, por tí, para atraerme todas las emociones de tu alma, tus goces, tus pesares y tus sueños; para buscarte en todo, porque eras mi única aspiración. A una caricia de tu mano, á un acento, á una apacible mirada, se dormían mis instintos, y un sér inteligente, amable, dócil, generoso, leal, siempre dispuesto al sacrificio, fuí, bajo el encanto de tu voz, tu caricia ó tu mirada. ¿Quién te amó más que yo, sin un instante de duda, de desdén ó de abandono; sin una ingratitud, sin un olvido, sin dejar de ser tuyo, siempre tuyo? Fuí el compañero insomne de tus penas, tu guardia en el peligro. Fuí tu siervo

en el placer, tu amigo en el quebranto, tu jovial camarada en la alegría. Acuérdate; se fueron los efímeros amores, la ilusión y la esperanza; cantando se alejó la nave de oro y nos dejó en la orilla oscura y sola. ¿Qué te quedó del Universo, ¡oh pobre soñador de remotos ideales? Arriba, mucho cielo, el impasible; abajo, mucha tierra, la infecunda. Y yo que era la piedad; un átomo de vida unido á tí por misteriosos enlaces. Y marchamos. ¿Hacia dónde? ¿al Bien? ¿al Mal? No importa; íbamos juntos.

Yo fuí el festejador de tus sonrisas, el cantor de tus negras soledades, yo vigilé tus tristes pensamientos, yo comí el pan mojado con tus lágrimas. En el silencio de tu hogar sin lumbre yo consolé tus noches de delirio, y clavando mis ojos en los tuyos te pregunté: ¿qué tienes? ¿por qué lloras? Ya ves, me voy, te dejo; me entristece pensar en que no habrá quien te acompañe por el camino, como yo, besando tus huellas en el polvo del sendero. Te quedas con los hombres, los que olvidar los que traicionan, los que engañan, sólo, mirando hacia los cielos impasibles, en pie sobre la tierra despiadada. Mi muerte no es la tuya; tú sucumbes, y, transformado, asciendes á otros mundos; yo fuí materia que te amó, no tengo alma con que esperarte en otra vida. Tú eres un inmortal; sueñas que, errante, por ese mar azul y luminoso, buscarás, de astro en astro, la imposible quimera de tu espíritu. Yo vuelvo á pudrirme en el fango del que salen el mónstruo y el reptil, flores y estrellas.



OLVERA

LA ESTUDIANTINA "CRISANTEMA."



Con gusto damos hoy á conocer á nuestros lectores el grupo de distinguidas señoritas y profesores de Toluca, que han formado una orquesta típica, que con justicia ha merecido elogios calurosos y enorgullece á la capital del Estado de México.

Tan bien organizado cuerpo musical, hizo su presentación en el Palacio Municipal de Toluca, en la magnífica velada que dió en honor del señor Presidente de la República, la noche del 13 de Octubre último.

La orquesta típica que ha sido bautizada con el nombre de "Crisantema," cosechó nutridos aplausos al tocar la delicada serenata de Braga, el intermezzo de "Cavallería Rusticana" y un delicioso wals de salón, de fino corte.

NUESTROS GRABADOS.

La muerte de la Señora Doña Beatriz Redo de Zaldívar.

Lo más distinguido de la sociedad mexicana está en estos momentos de duelo con motivo de la muerte de la señora Doña Beatriz Redo de Zaldívar, acaecida el día seis del actual en la capital de España.

La señora de Zaldívar, en la plenitud de la vida y tan bella como virtuosa, tenía conquistado un puesto de honor en la sociedad que la estimaba y la quería con predilección.

Había ido á Europa llena de ilusiones, ávida de admirar los encantos que ha ofrecido la gran exposición del siglo, y cuando apenas había satisfecho sus deseos y visitaba las principales poblaciones europeas, la arrebató la muerte, sin permitirle, con crueldad, que ella nunca mereció, darles el postrer adiós á sus padres y á su esposo.

La noticia causó honda sensación y cablegramas posteriores á aquel que trajo la fatal nueva, han comunicado que el cadáver fué perfectamente embalsamado; se celebraron solmenes exequias en uno de los principales templos de la ciudad de Madrid, y se han hecho todas las gestiones necesarias, para que el cuerpo sea trasladado á México.

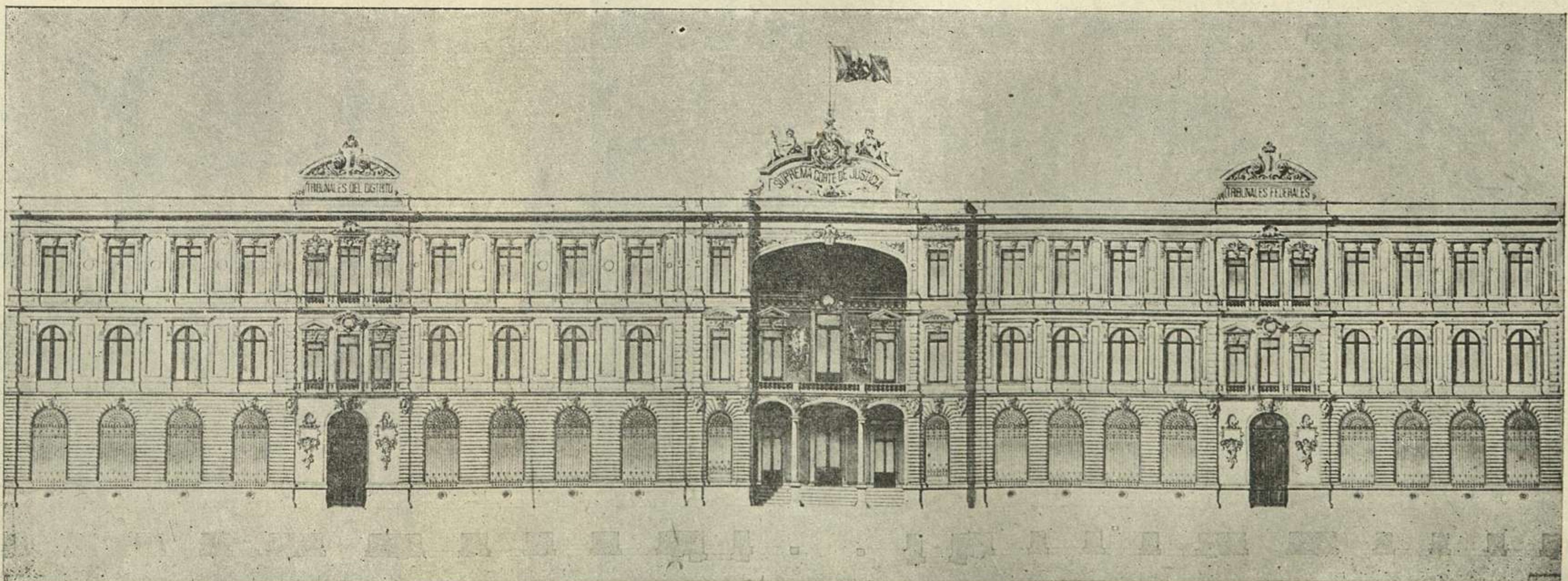
Aquí se preparan magníficas honras en el tem-

plo de Santa Brígida, y el sepelio se verificará en el Panteón francés.

EL PALACIO DE JUSTICIA DEL RAMO CIVIL.

El Supremo Gobierno, aprobado el gasto necesario para proceder á la reconstrucción del Palacio de Justicia, aceptó el proyecto que hoy publicamos y que es obra de los señores Ingenieros Don Armando I. Santa Cruz y Don Alberto Herrero Olivier.

Como se ve, al desaparecer el antiguo edificio quedará substituida su fachada por otra de estilo moderno y que reúne á sus bellezas arquitectó-

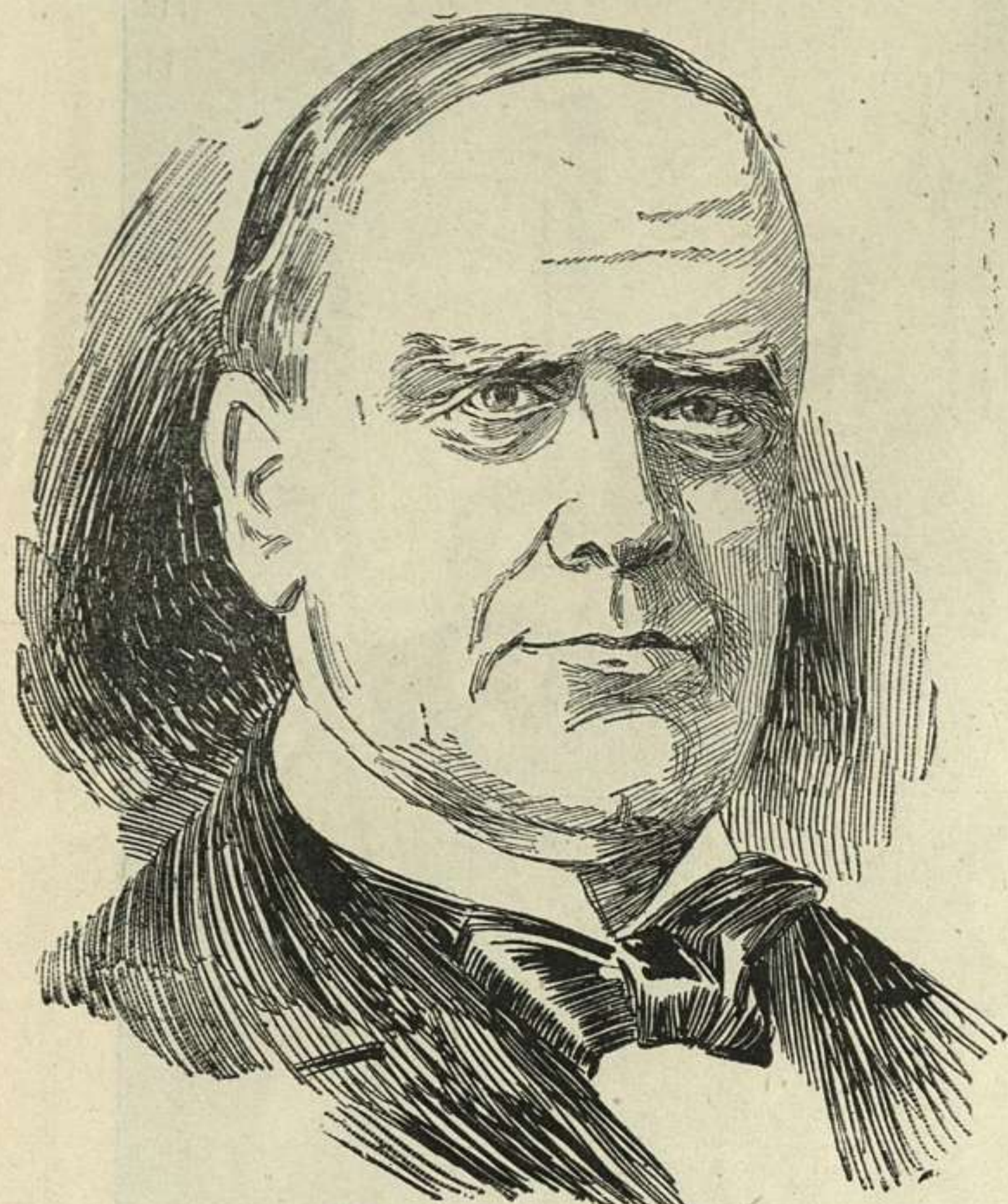


Proyecto de los Señores ingenieros Santa Cruz y Olivier.

nicas la distribución conveniente, al fin á que se destina.

En el interior las reparaciones serán de importancia, adaptando todos los departamentos al modernismo del exterior.

El Gobierno adquirió la propiedad de la que



W. McKinley,
Candidato republicano triunfante.

actualmente es capilla de la Enseñanza, y que quedaba embutida entre las dos alas del antiguo Palacio, lo cual hubiera sido causa de que la fachada no fuera corrida.

Subsanando el inconveniente al comprarse el templo, se ha dispuesto que en el ala derecha queden radicados los Juzgado de lo Civil y el Tribunal Superior, en el Centro la Suprema Corte de Justicia de la Nación y los demás tribunales de la Federación y en el ala izquierda los juzgados menores y algunas otras oficinas, como el Registro de la propiedad, etc.

**LOS FUNERALES DEL ILLMO. SEÑOR
DON PERFECTO AMÉZQUITA**

Ya en nuestro número anterior dimos cuenta á nuestros lectores de la la solemnidad que revistieron los funerales del Ilmo. señor Obispo de

Puebla, que tan justamente estimado era de sus diocesanos, por exaltada caridad y demás relevantes virtudes.

Nuestras ilustraciones de hoy, darán una idea más completa de lo que fué aquel acto, debiendo llamar la atención hacia el hecho de que según nos informa testigo presencial, no solamente á las puertas de la Catedral y en la Plaza principal había la aglomeración de gente que se vé en nuestros grabados. Las calles todas que recorrió el cortejo hasta llegar al Panteón francés, que queda bien retirado del centro de la población, estaban igualmente henchidas de gente y el cortejo fué tan numeroso, que no todos sus miembros pudieron penetrar á la necrópolis.

En cuanto á las muestras de duelo general, contadas eran las casas que no tenían sus balcones y fachadas cubiertas con cortinas blancas y lazos negros.



Salida del cadáver del Ilmo. Sr. Obispo de Puebla.—[Fot. de Bustamante.]

**LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES
EN LOS ESTADOS UNIDOS.**



En la "Revista del Exterior" que publicamos en este número, nos refiere el maestro Sierra las impresiones que, acerca del movimiento electoral, recogió á su paso por los Estados Unidos, y ya nos indica también que el triunfo sería del candidato republicano.

Así fue, en efecto: dos eran los candidatos sostenidos por partidos numerosos y respetables: lo demócratas proclamaban á Mr. Bryan, que ya había figurado en la lucha electoral pasada, y los republicanos postularon á Mr. McKinley.

El día seis, fecha en que se verificaron los comicios, el cable nos estuvo comunicando noticias

pormenorizadas de la marcha que seguían las elecciones que, como es sabido, son un verdadero acontecimiento en la vecina República y dan lugar á las escenas más acaloradas, al empeñarse una verdadera lucha por el triunfo de tal ó cual candidato.

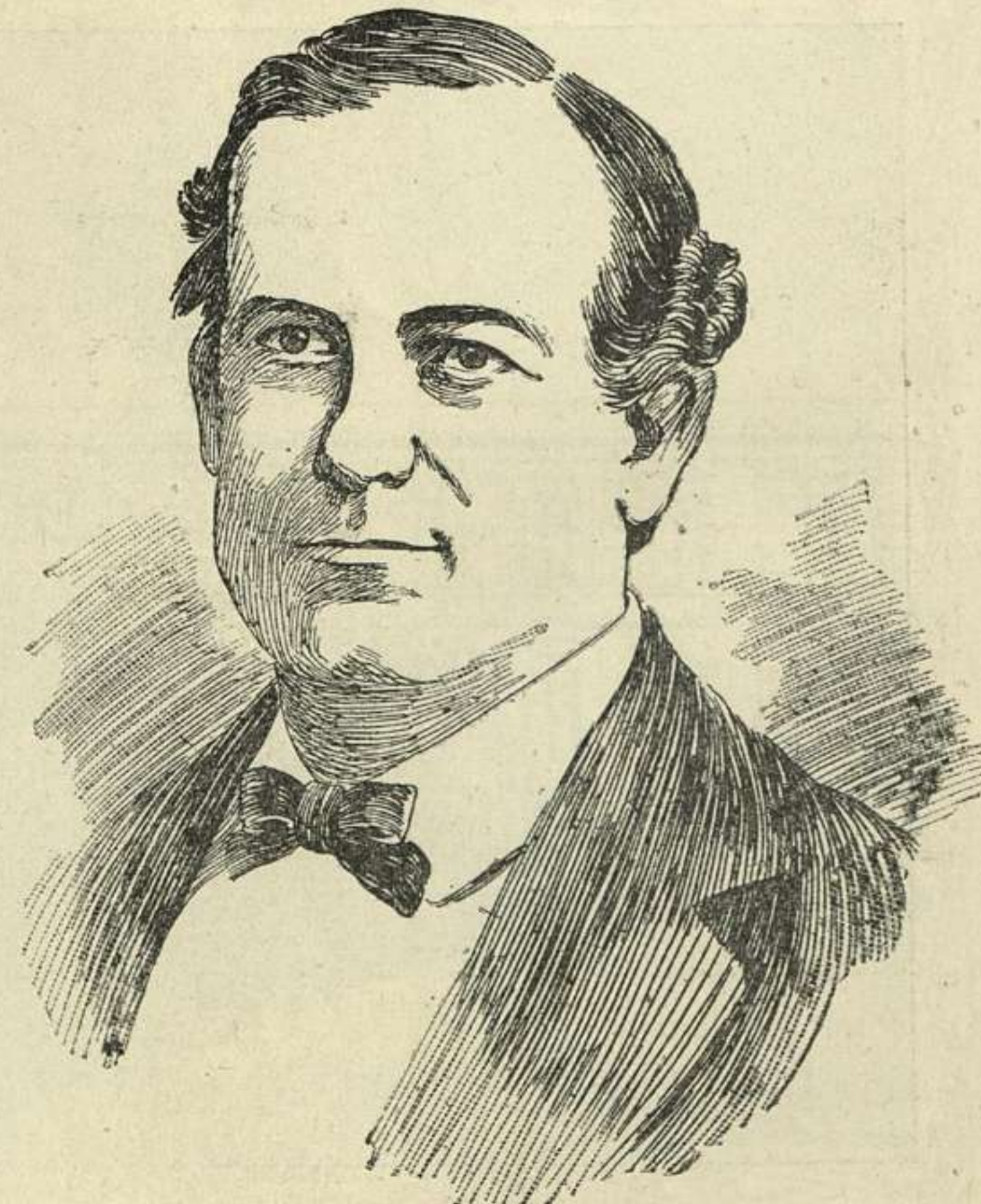
La colonia americana, bien numerosa en esta capital, y muy interesada en los asuntos políticos de su nación, estaba ávida por recibir noticias acerca del resultado de la elección y la mayoría de sus miembros se dieron cita en la cantina "El Congreso Americano," cuyos propietarios habían anunciado que persona caracterizada de Nueva York les comunicaría por telégrafo la marcha de la elección y su resultado definitivo.

La cantina estaba literalmente llena de americanos, y quienes vieron el acaloramamiento con que discutían los republicanos y los demócratas, las apuestas que se cruzaban y las aclamaciones con que eran recibidas las noticias, pudieron formarse una idea aproximada de lo que es un día de elecciones en la populosas ciudades americanas.

Los interesados permanecieron allí casi hasta la madrugada, hora en que el telégrafo que había transmitido parcialmente el resultado, comunicó el cómputo definitivo, que dió el triunfo al partido republicano: McKinley cerca de trescientos votos, por 150 que obtuvo el demócrata Mr. Bryan.



Los funerales del Ilmo. Sr. D. Perfecto Amézquita, Obispo de Puebla.—Fot. de Bustamante.



W. M. Jennings Bryan,
Candidato demócrata derrotado.



Entre las apuestas notables, fué na la que propusieron los partidarios de McKinley, ofreciendo pagar \$1,000 contra \$300.

Los partidarios de Bryan, desalentados porque ya en vaias entidades de la Unión había sido derrotado su candidato, se abstuvieron de admitir el reto.

A las 9 y media de la noche se recibió un telegrama, que decía:

McKinley reelecto. Inmenso triunfo del partido republicano.

Los telegramas en que oficialmente se comunicó este triunfo, dicen así:

Nueva, York, Noviembre 15.—Media noche.—El escrutinio final en los Estados parece ser has-

Hampshire, 4; New Jersey, 10; Nueva York, 36; North Dakota, 3; Ohio, 23; Pennsylvania, 32; Rhode Island, 4; Vermont, 4; Virginia Occidental, 6; Wisconsin, 16. Total: 1,247.

En favor de BBryan: Alabama, 11; Arkansas,



8; Mississippi, 9; Missouri, 17; Montana, 3; Carolina del Sur, 9; Tennessee, 12; Texas, 15; Utah, 3; y Virginia, 12. Total, 139.

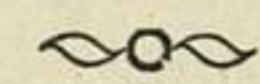
No se conoce el resultado de California, 9; Idaho, 3; Kansas, 10; Kentucky, 13; Nebraska, 8; Nevada, 3; Oregon, 4; South Dakota, 4, y Wyoming, 3. Total, 61.

Las noticias de la Prensa Asociada, son: Mc Kinley, 277 votos; Bryan, 143.

Faltan por recibirse 28.

El triunfo de Mc Kinley, es seguro. Suponiendo que los 28 votos de los que no se sabe, fueran á favor de Bryan, á pesar de ello, Mac Kinley tendría una mayoría de 107 votos.

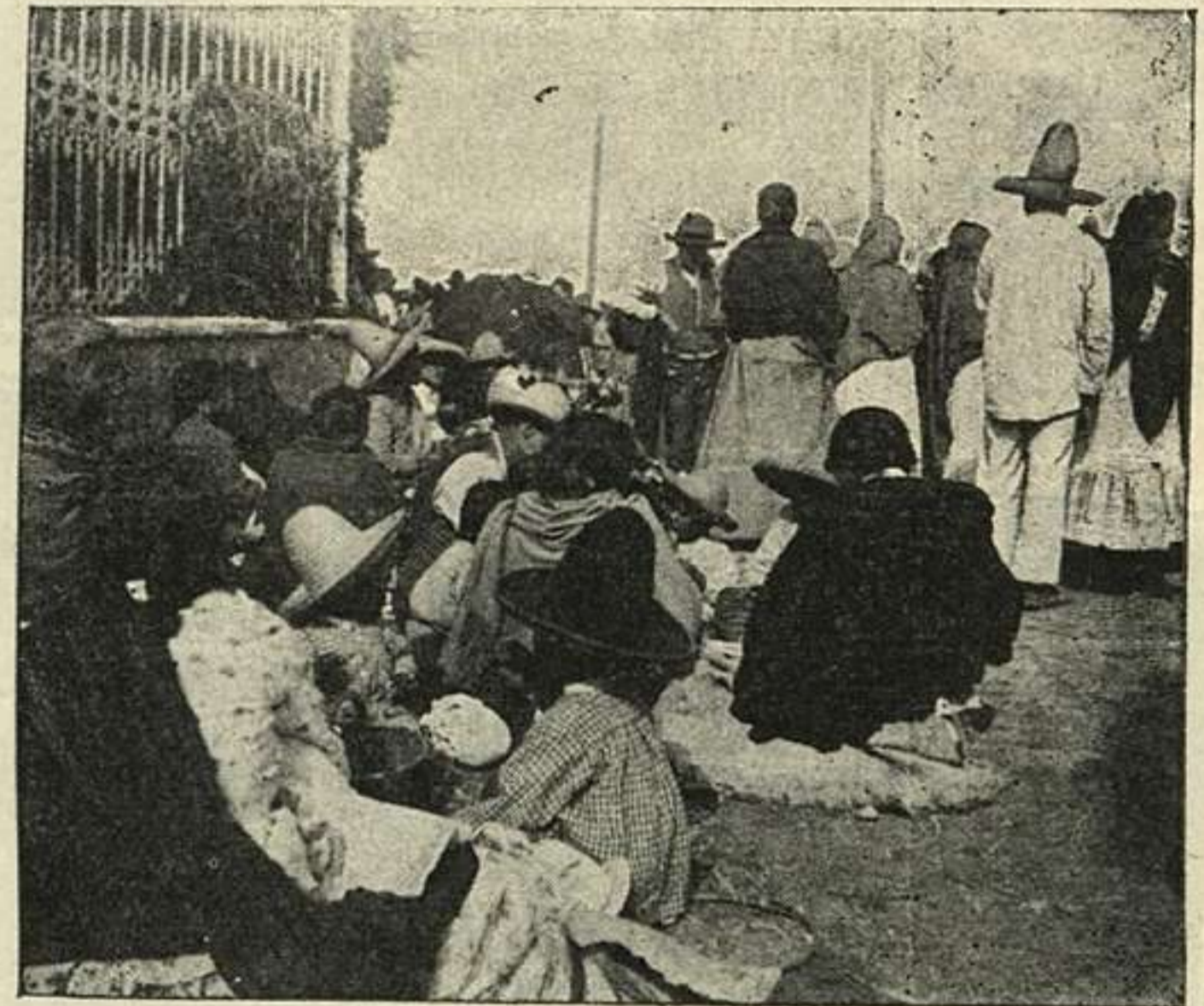
RECORRIENDO LOS PANTEONES.



La colección de vistas que publicamos en esta página, fué tomada el último día 2 de Noviembre al recorrer los panteones y sus cercanías.

Ellas pueden dar una idea exacta de cómo se celebra entre nosotros el día de difuntos y señalan perfectamente una de nuestras más típicas costumbres.

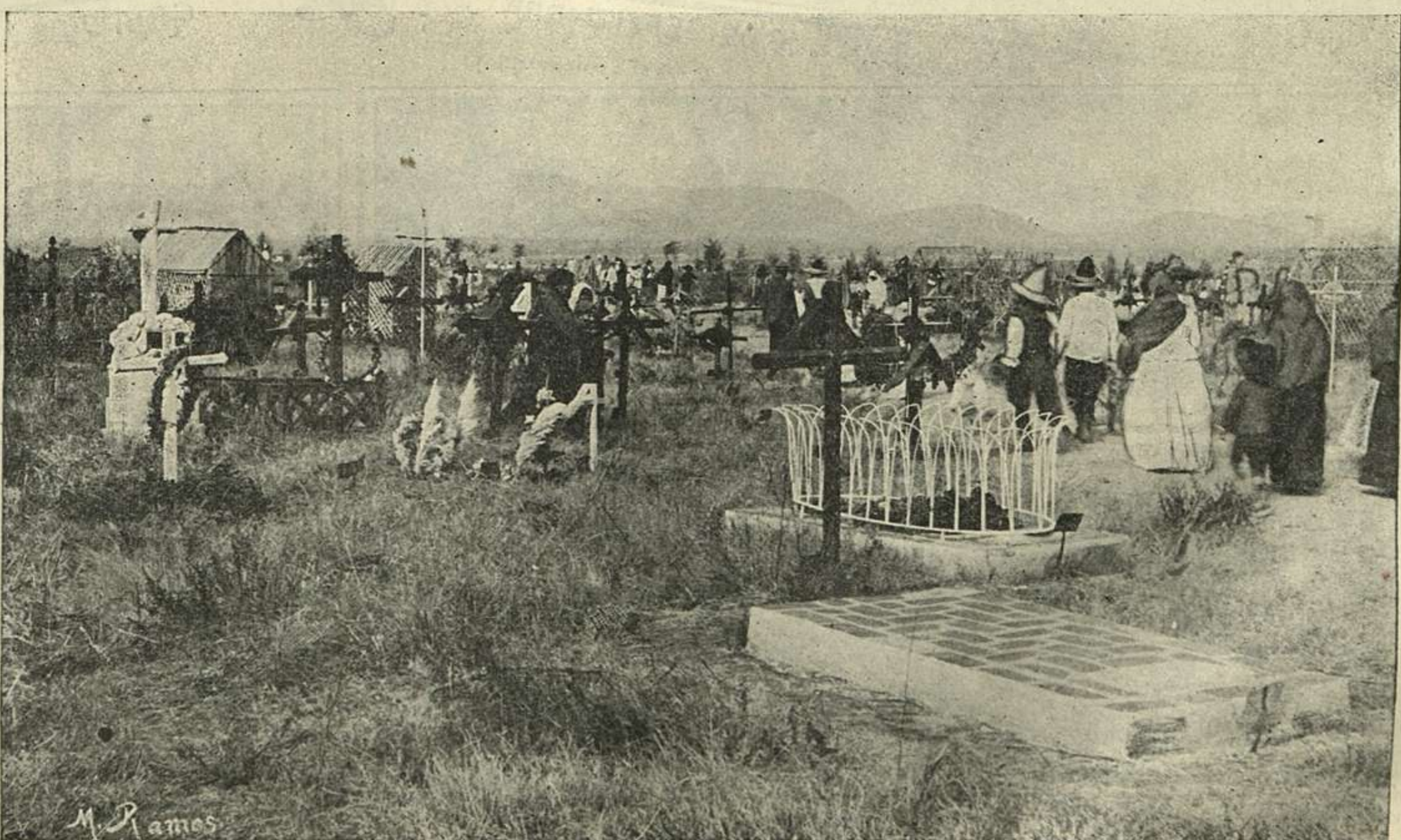
En ella, como siempre, resalta el carácter de nuestro pueblo que en lo religioso, lo mismo que en todo, no concibe una solemnidad si ella no es motivo de diversión.



ta esta hora, el siguiente: En favod de McKinley: Conecticut, 6; Delaware, 3; Illinois, 24; Indiana, 15; Iowa, 13; Maine, 6; Maryland, 8; Massachusetts, 15; Michigan, 14; Minnessota, 9; New

¿Se riegan las tumbas con lágrimas, los días dos de Noviembre?

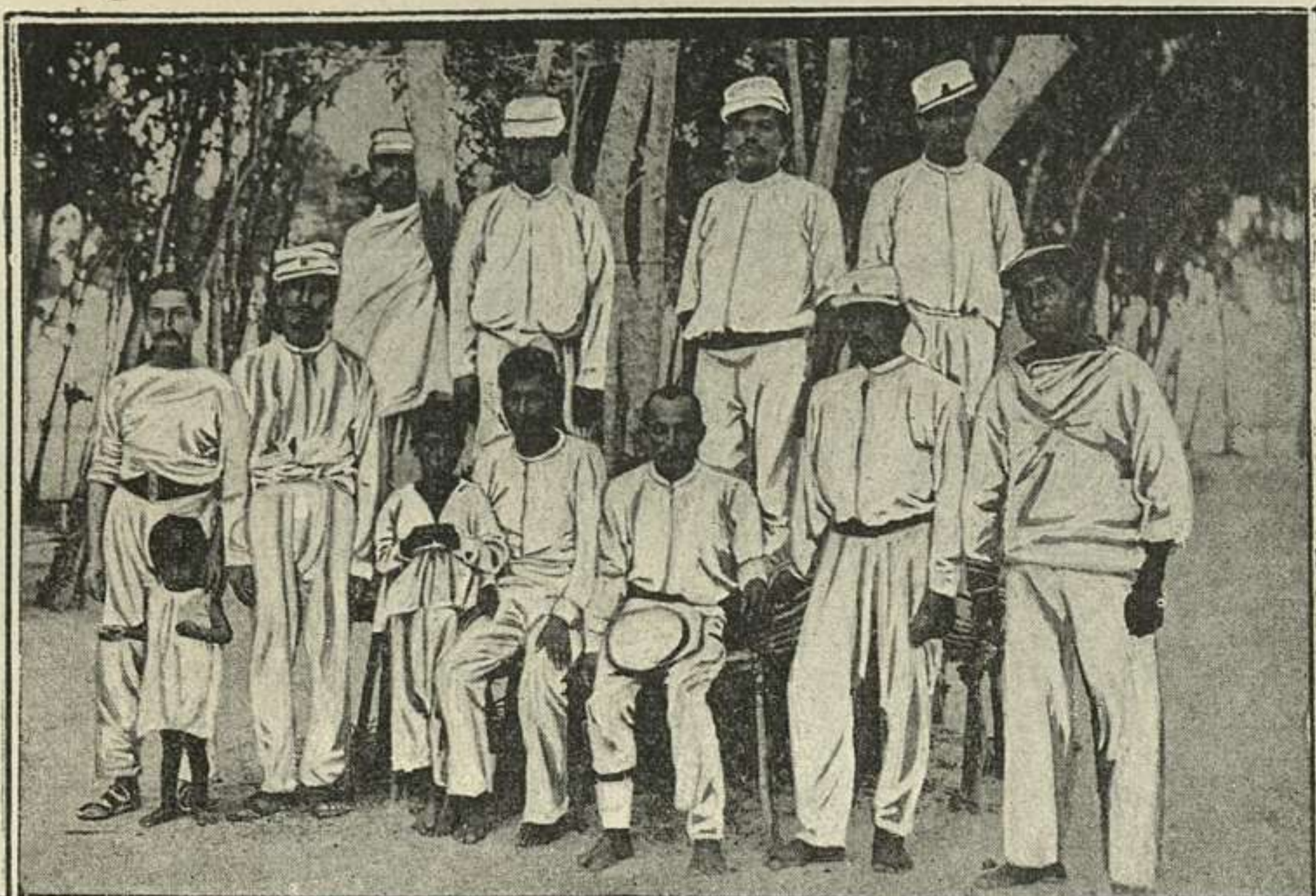
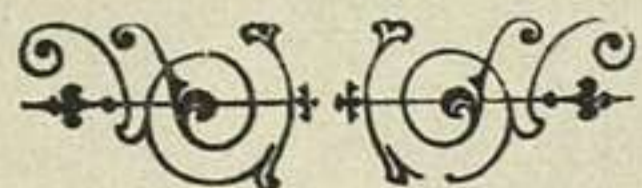
Pocas, según creemos, son las que humedecen las losas de los sepulcros.



EL CAMPAMENTO ZARAGOZA

EN LAS COSTAS

DE YUCATAN.



los habitantes pacíficos de aquellos países, una rémora para el progreso y una mancha negra en el cuadro de paz y prosperidad que hoy ofrece nuestra Nación á los ojos del mundo civilizado.

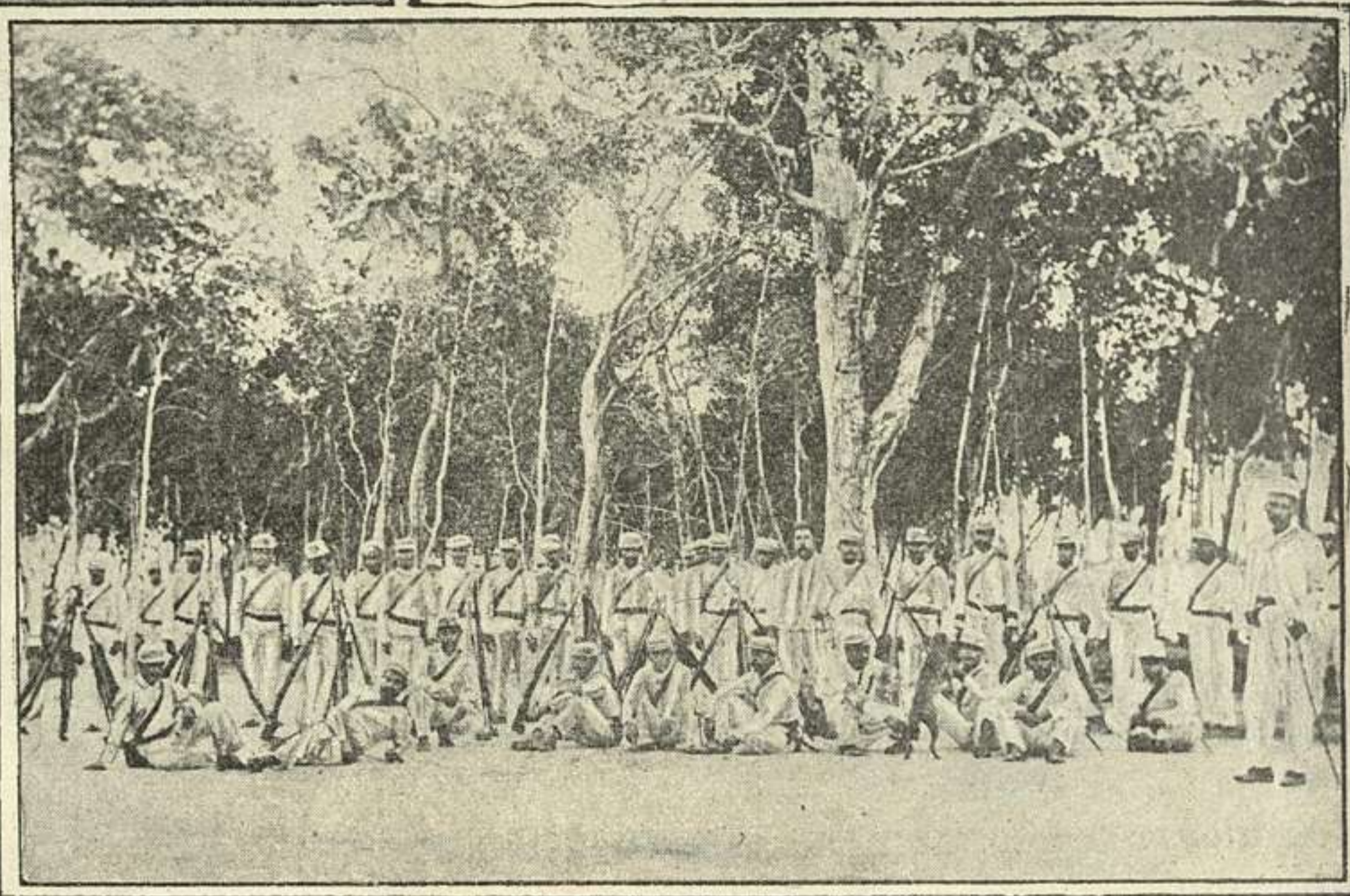
Pero, si todos sabemos esto, pocos relativamente serán, los que comprendan la magnitud de los sacrificios que esa campaña significa para el Gobierno, para el Erario y para el soldado que la está llevando á cabo.

El Ejecutivo, multiplicando sus labores, dictando órdenes eficaces para la violenta realización de los planes: el Erario, soportando gastos de consideración, y el soldado, expuesto no sólo á los riesgos que puede ofrecer un enemigo astuto y conocedor del terreno, sino, también, á los horrores de un clima mal sano, son dignos del elogio,



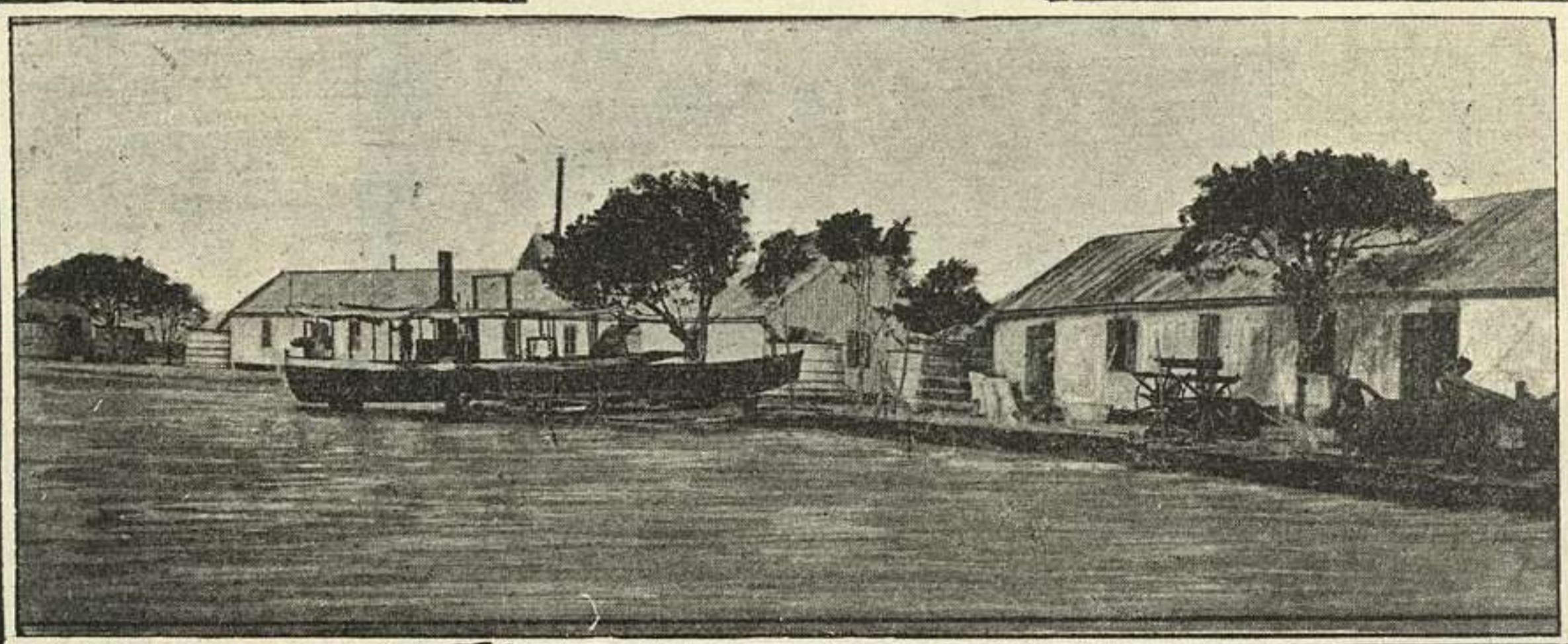
DESTACAMENTO EN CAYO CHELEN

GRUPO DE ENFERMOS



DESTACAMENTO EN EL "2 DE ABRIL"

Todos tenemos noticia de que el Estado de Yucatán, por su parte, y el Gobierno Federal, en cuanto á su poder concierne, han puesto el mayor empeño durante los últimos meses, en terminar, una vez por todas, la pacificación de las costas de Yucatán, sometiendo de una manera definitiva á las tribus mayas, que, sumidas en lamentable salvajismo, han venido siendo desde hace mucho tiempo, una amenaza para



unido al deseo de que cuanto antes se lleve á término la pacificación. Nuestros grabados de esta plana, representan varias vistas tomadas en el campamento "Zaragoza," importante centro de operaciones, de suma importancia en esta campaña. Una de estas vistas fué tomada al verificarse un banquete con que las fuerzas que allí residen celebraron el último aniversario de nuestra Independencia.

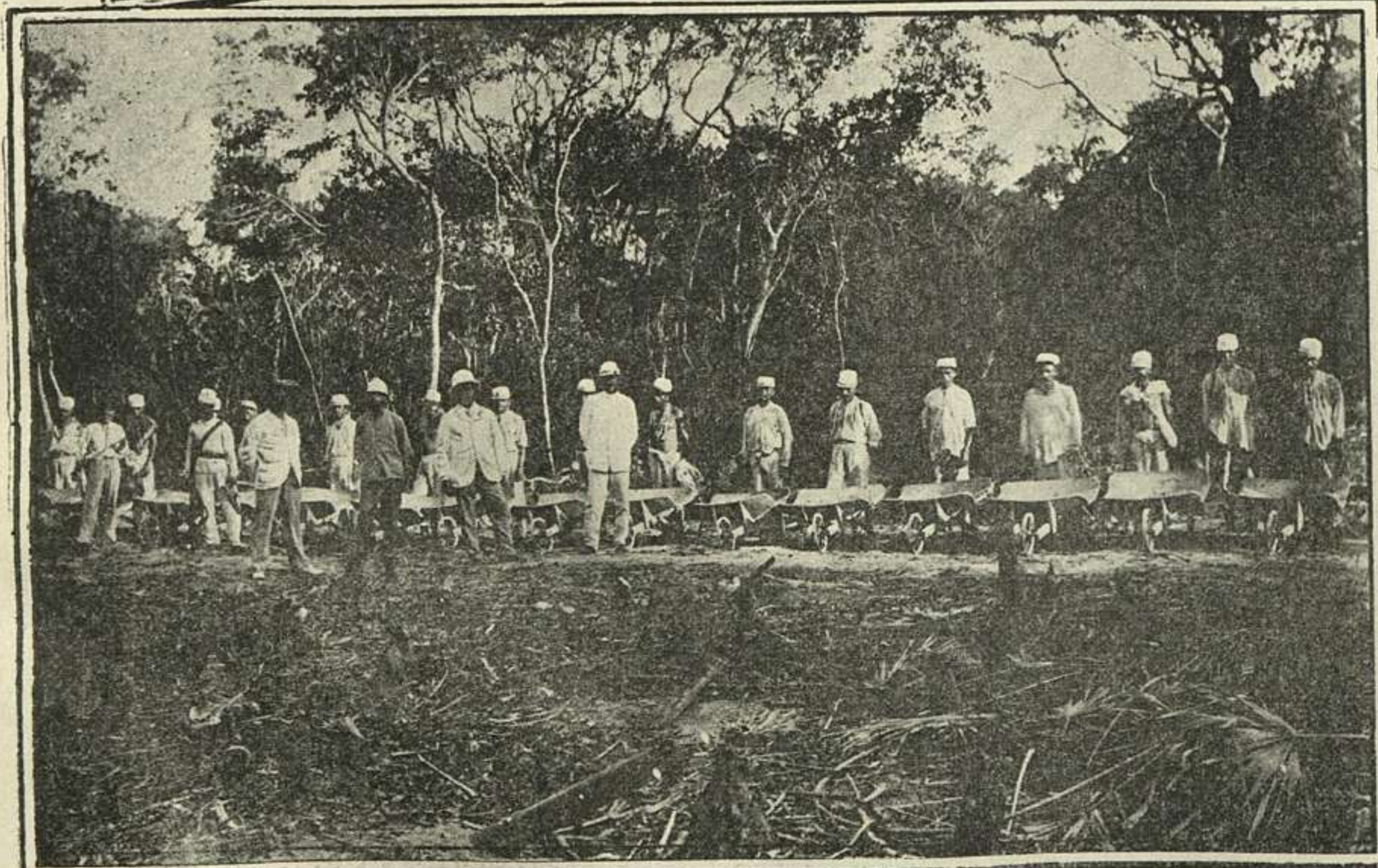


LUNCH EL 16 DE SEPTIEMBRE (En el campamento)

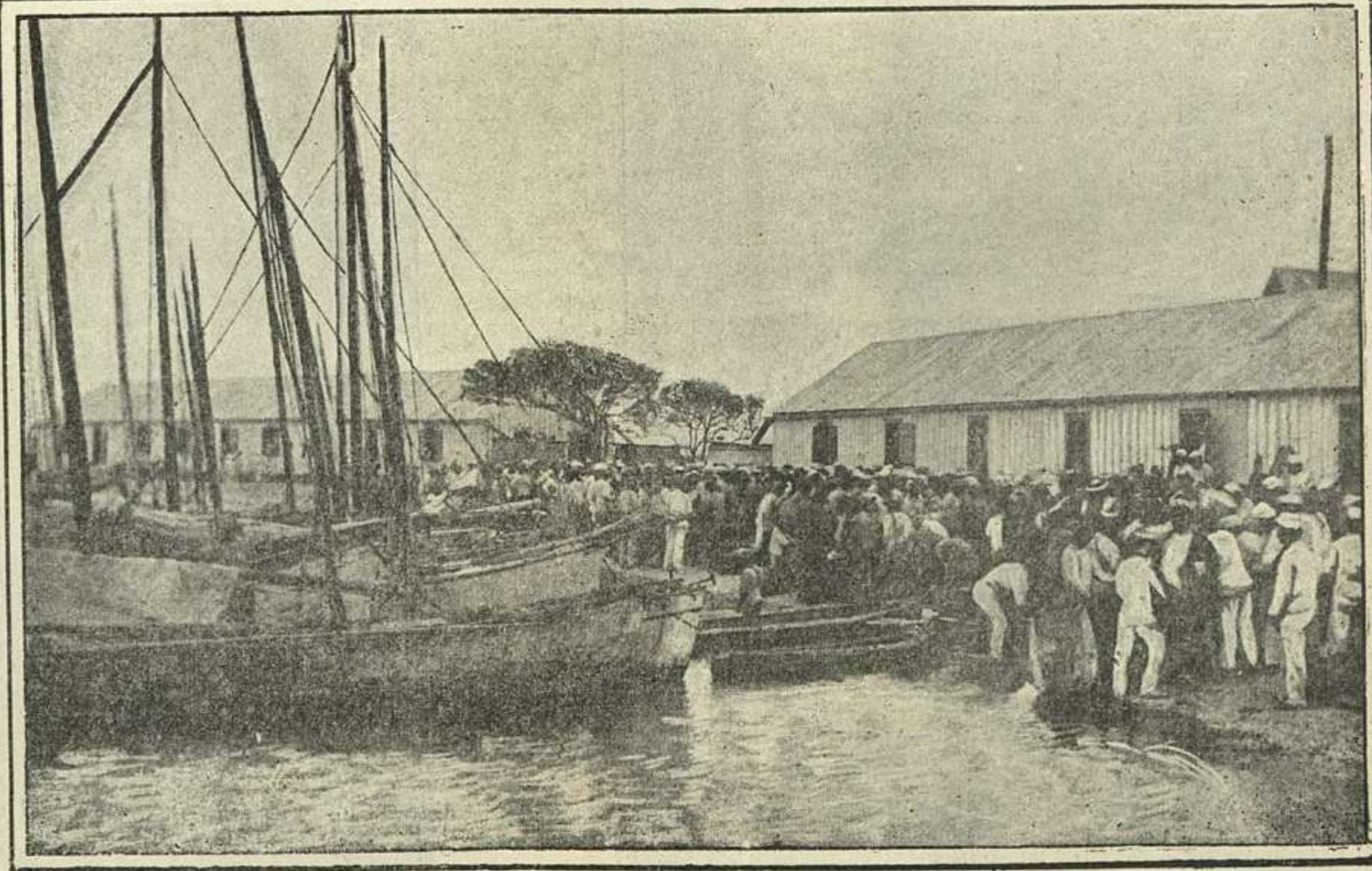
ALMACENES Y TALLER MECANICO DEL CAMPAMENTO ZARAGOZA



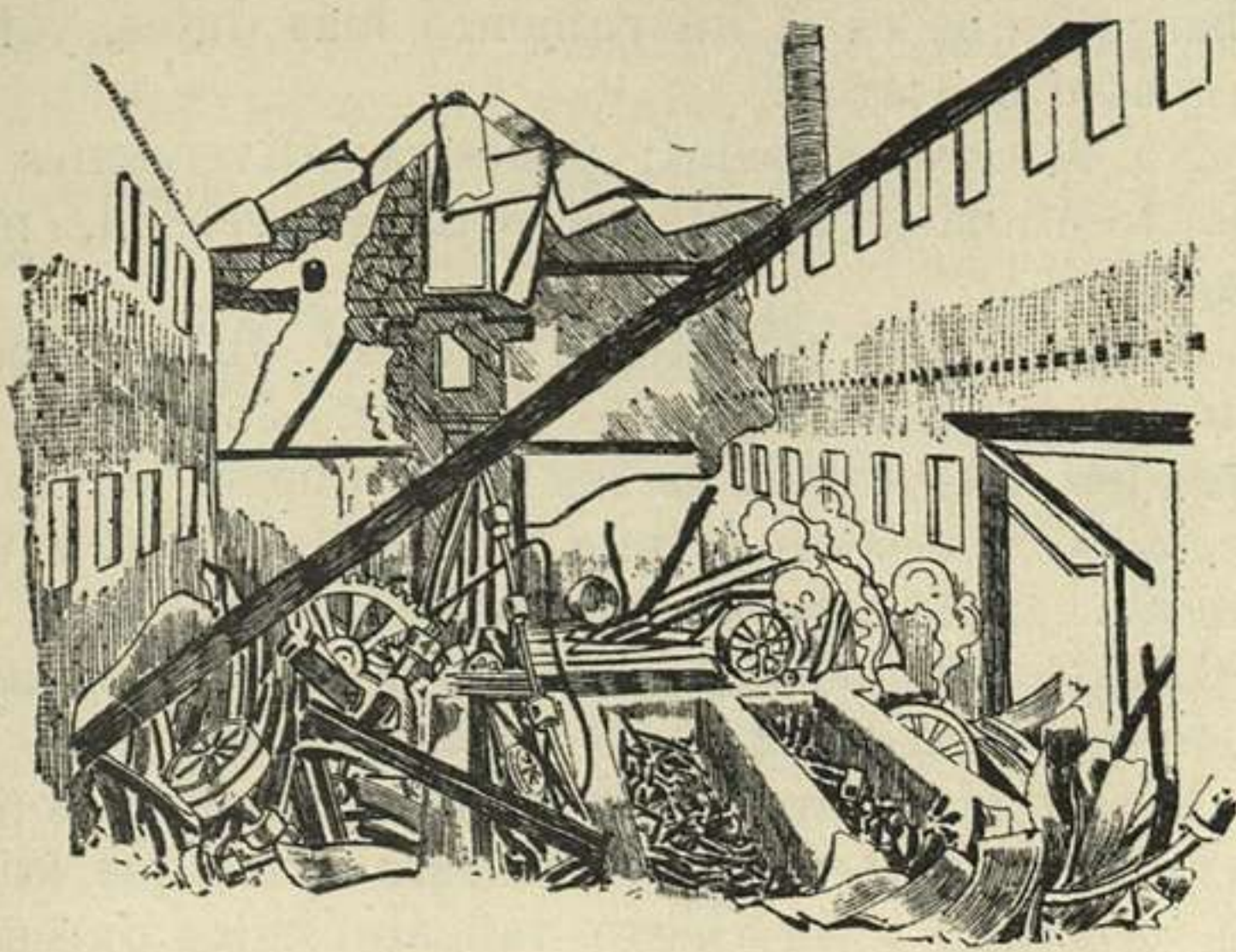
GRUPO DE JEFES



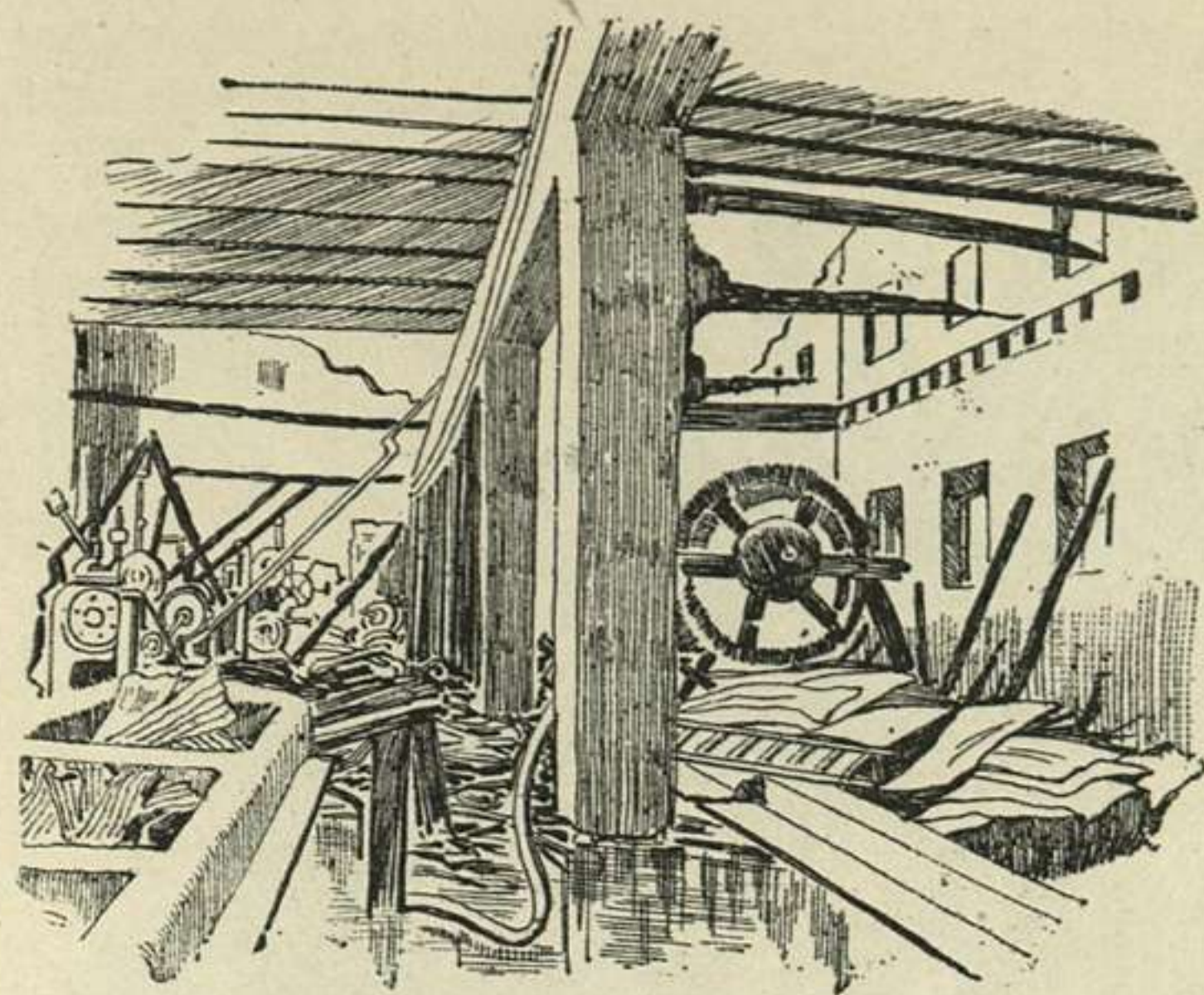
GRUPO DE TRABAJADORES EN EL CAMINO DE XCALAK A LA AGUADA.



MERCADO DE LOS DOMINGOS EN EL CAMPAMENTO.



Salón principal de la curtidería.



Departamento de tanques y lavado

EL ÚLTIMO SINIESTRO.

Una fábrica destruida por el fuego.

El mes pasado y el que está en curso, han sido fatales para respetables negociaciones industriales y mercantiles, cuya importancia, crédito cimentado y operaciones en auge, los tenía libres del fracaso, ó por lo menos, del trastorno que han sufrido al ser devorados por el fuego sus cuantiosos capitales.

tografías y apuntes en el momento del siniestro, dan una idea de lo que éste fué.

La fábrica destruída contaba con magníficos elementos, un capital cuantioso, buena maquinaria, y procedimientos nuevos, y una dirección hábil, todo lo cual hace que unánimemente se haya lamentado el accidente.

El fuego, al ser descubierto, comenzó á ser atacado por un grupo de operarios, que de la mejor voluntad ofrecieron sus servicios, el cuerpo de Bomberos llegó también al lugar del siniestro, con la oportunidad posible, dada la distancia bien larga que los encargados del salvamento tuvieron que recorrer desde sus estaciones hasta la fábrica.

Hubo buen orden en las maniobras que, por otra parte, fueron muy pesadas, pero el fuego, alimentado por el fuerte viento que

soplaba, avanzaba por instantes, sin que se le pudiera extinguir, y al fin, el edificio quedó reducido á escombros y cenizas, y la maquinaria inútil. En cuanto á la mercancía, toda se perdió.

Lo único que pudo salvarse fué la caja fuerte de la negociación, que los operarios que llegaron primeramente lograron sacar del despacho en los primeros momentos del incendio.

LA FALSA AURORA.

¿Qué ocurrirá esta noche? Dios lo sabe.
La tierra se estretece anodada
y todos con atónita mirada
vemos su conmoción profunda y grave.
¡Mortal! Tu madre fué; justo es que llores
y compartas con ella sus dolores...
(En la prisión.)

Ningún hombre conocerá nunca la verdad exacta de esta historia, porque aun cuando las mujeres se la refieren algunas veces al oído las unas á las otras mientras, al terminar la noche de un baile, están desatando sus cabellos y comparando las listas de las víctimas, como el hombre no puede asistir á estas operaciones, el relato tiene que hacerse desde afuera; de oídas, y es, por lo tanto, obscuro é incierto.

Jamás elogiéis á una hermana ausente delante de otra hermana con la esperanza de que vuestros elogios lleguen á los oídos de la ensalzada y os preparen el camino para lo futuro.

Las hermanas son mujeres primero, hermanas después; y si no seguís mi consejo, trabajaréis en vuestro propio daño.

Saumarez sabía esto cuando se resolvió á pedir la mano de la mayor de las hermanas Copleigh.

Era un hombre raro y con pocos méritos, en opinión de los hombres, aunque popular entre las mujeres; pero había sabido adquirir un concepto, que le permitía dar fuerza al Consejo del Virrey y reservar alguna para beneficio del estado mayor del general en jefe.

Era hombre civil.

Muchas mujeres se interesaban por él, acaso porque los modales que empleaba las ofendían.

Si le da usted un puñetazo en las narices á un caballo la vez primera que tropieza con él, probablemente no le querrá á usted nunca, pero desde aquel día se fijará siempre en los movimientos que usted haga.

La mayor, Miss Copleigh, era buena, regordeta, simpática y bella: la menor, en opinión de los hombres, no era tan bonita, y aunque no compartamos este juicio, hay que declarar que su carácter tenía mucho de repulsivo y desagradable.

Las dos jóvenes parecían en su exterior idénticas; tenían una inmensa semejanza así en la figura como en la voz, pero nadie podía dudar ni por un instante respecto á cuál de las dos era más linda.

Saumarez formó su resolución de casarse con la mayor, tan pronto como llegó al pueblo, procedente de Behar. A lo menos, todos asegurábamos que quería hacerlo, lo que viene á ser lo mismo.

Ella tenía veintidós años y él treinta y tres, á más de un sueldo y unas obvenciones que se aproximaban á la cantidad de cuatrocientas rupias mensuales, de suerte que la boda que arreglábamos era, por muchos conceptos, excelente.

Como ya he dicho, el galán se llamaba Saumarez, y, según algunos afirmaban, con esto estaba dicho todo lo que podía decirse de él.

Diseñado ya su plan, le consultó consigo mismo, y resolvió aprovechar una coyuntura.

En nuestra jerga desagradable se decía que las jóvenes Copleigh cazaban en parejas; es decir, que no se podía hacer nada con una sino en presencia de la otra.

Eran dos hermanas que se querían mucho; pero este mutuo cariño tenía, á veces sus inconvenientes.



De vista fotográfica tomada en el momento del incendio.

Siniestros semejantes son tanto más lamentables cuanto que entre nosotros son excepcionales las quiebras; el comercio es honrado, en su totalidad, y sólo causas imprevistas y de fuerza mayor pueden trastornar las operaciones de una negociación.

En toda la República, pero muy especialmente en su capital, son relativamente raros los incendios, pero de treinta días á esta parte, la fatalidad, el ligero descuido, ó como quiera llamársele, que ha dado origen á que el incendio se inicie, ha encontrado un poderoso auxilio en los vientos de velocidad considerable, que han alimentado el fuego, cuya voracidad ha reducido á escombros importantes edificios.

El último incendio de importancia, después del de los almacenes de "La Valenciana," fué el registrado en la semana pasada en la fábrica de pieles establecida en el Rancho del Chopo, y los efectos del destructor elemento fueron de tal trascendencia, que medio millón de pesos es la cifra en que se estiman las pérdidas pecuniarias.

Nuestros grabados, obtenidos por medio de fo-



La parte posterior del edificio.



Saumarez, colocado entre ambas, mantenía en el fiel la balanza, y nadie más que él mismo podía decir de qué lado se inclinaba su corazón, aunque cada una de ellas se lo imaginase.

Paseó á caballo con las dos y bailó con las dos, pero nunca logró separar á la una de la otra, ni siquiera por un momento.

Las mujeres sostenían que estaban siempre juntas por mutua desconfianza, temiendo cada cual que la otra se le adelantara: los hombres no decían nada.

Saumarez callaba, con gusto ó sin él, y estaba

aproximaban á la cantidad de cuatrocientas rupias mensuales, de suerte que la boda que arreglábamos era, por muchos conceptos, excelente.

Como ya he dicho, el galán se llamaba Saumarez, y según algunos afirmaban, con esto estaba dicho todo lo que podía decirse de él.

Diseñado ya su plan, le consultó consigo mismo, y resolvió aprovechar una coyuntura.

En nuestra jerga desagradable se decía que las jóvenes Copleigh cazaban en parejas; es decir, que no se podía hacer nada con una sino en presencia de la otra.

Eran dos hermanas que se querían mucho; pero este mutuo cariño tenía á veces sus inconvenientes.

Saumarez, colocado entre ambas, mantenía en el fiel la balanza, y nadie más que él mismo podía decir de qué lado se inclinaba su corazón, aunque cada una de ellas se lo imaginase.

Paseó á caballo con las dos y bailó con las dos, pero nunca logró separar á la una de la otra, ni siquiera por un momento.

Las mujeres sostenían que estaban siempre juntas por mutua desconfianza, temiendo cada cual que la otra se le adelantara: los hombres no decían nada.

Saumarez callaba, con gusto ó sin él, y estaba lo más cuidadosamente atento que podía, teniendo, como tenía, dos que le observaran.

Sin duda alguna, las dos se habían enamorado de él.

Como el tiempo caluroso se iba aproximando y el hombre no se explicaba, las señoras dijeron que podía advertirse en los ojos de las hermanas, la impaciencia que sentían, y que estaban á punto de estallar, ansiosas é irritadas.

Los hombres no ven estas cosas como no tengan más de mujer que de hombre, y, en tal caso, importa poco lo que digan ó piensen.

En cuanto á mí, sostengo que los calurosos días de Abril habían robado el color á las mejillas de las señoritas Copleigh y debían enviarlas inmediatamente á las montañas, pues nadie, hombre ó mujer, es angelical cuando los grandes calores se aproximan.

La más joven se volvió arisca, por no decir agria, y los encantos de la mayor disminuyeron, cosa algo más difícil.

El lugar donde estas escenas ocurrían, aunque no era pequeño, estaba separado de la línea férrea y llamaba poco la atención.

No había jardines, ni músicas, ni diversiones dignas de este nombre, y se necesitaba hacer un viaje de veinticuatro horas para ir á Lahore á bailar, por lo que las gentes se entusiasmaban mucho con estas cosas pequeñas, que les interesaban grandemente.

En los comienzos de Mayo, poco antes del éxodo final de las excursiones á las montañas, cuando el tiempo era muy caluroso y apenas si quedaban veinte personas en el lugar, Saumarez ideó una expedición á una antigua tumba situada á seis millas de distancia, junto al lecho del río; expedición que debía hacerse á la luz de la luna.

Fué una partida á escote de las llamadas "Arcas de Noé," en las cuales cada pareja debe marchar con intervalos de media milla, á causa del polvo. Las parejas fueron seis, incluyendo los rodrigones.



Estas excursiones son convenientes al final de la estación y antes, por tanto, de que las jóvenes se marchen á las montañas, porque se prestan á varias inteligencias, y deben ser estimuladas por los rodrigones, sobre todo por aquellos cuyas señoritas casaderas están encantadoras con traje de amazona.

Esto lo ví una vez, pero no se relaciona con el presente cuento.

Aquella expedición se la llamaba la del gran sopetón, porque todo el mundo sabía que Saumarez se iba á declarar á la mayor de las Copleigh, y además de este asunto había otro que podía muy bien arreglarse felizmente.

La atmósfera social estaba muy cargada: era preciso despejarla.

A las diez nos reunimos en el lugar de la cita. La noche se presentaba horriblemente calurosa y los caballos sudaban, aun yendo al paso; pero todo era preferible á permanecer en nuestras sombrías casas.

Cuando partimos bajo los rayos de la luna llena, éramos cuatro parejas y un terceto, puesto que Saumarez marchaba con las dos hermanas Copleigh.

Yo caminaba perezosamente á la cola de la expedición, pensando con cuál de las dos volvería el hombre á su casa.

Todos éramos felices y estábamos contentos; pero presentíamos que algo iba á ocurrir.

Caminábamos lentamente y era ya cerca de media noche cuando aún no habíamos llegado á la antigua tumba, cubierta por una cisterna derruida y situada en los destrozados jardines donde íbamos á comer y beber.

Llegué el último, y antes de entrar en el jardín, ví que en el horizonte, hacia el Norte, corría en forma de pluma, una nube oscura y sombría; pero como nadie me hubiera agradecido que estropeará fiesta tan bien preparada y entretenida, y como una tempestad de polvo más ó menos no causa mucho daño, me callé.

Nos reunimos en la cisterna; alguien trajo un "banjo," que es el instrumento más dulce, y tres ó cuatro cantaron.

No se rían ustedes; ¡nuestras diversiones en las localidades apartadas son, en verdad, muy pocas!

Después nos pusimos á charlar en grupos ó juntos, tendidos bajo los árboles, cubiertos los pies por los pétalos de las rosas que el sol había abrasado y esperando que la cena estuviera dispuesta. Fué una cena espléndida; tan fría, tan helada como podíamos desear, y estuvimos largo tiempo saboreándola.

Noté que el aire se volvía más y más caliente; pero nadie pareció fijarse en esto hasta que la luna se ocultó, y un viento, tan abrasador que quemaba, comenzó á azotar los naranjos, produciendo un ruido semejante al del mar.

Antes de que supiéramos dónde estábamos, la tormenta de polvo cayó sobre nosotros, viéndonos envueltos por rugidos, torbellinos y tinieblas.

La mesa fué lanzada á la cisterna; y como temíamos permanecer junto á la derruida tumba por miedo á que el huracán la derrubara, tomamos á tientas el camino de los naranjos, donde los caballos estaban trabados, para esperar que la tempestad pasara.

En aquel momento, la escasa luz que había se desvaneció hasta el punto de que no podíamos ver nuestras manos, ni aun poniéndolas cerca de los ojos.

El aire estaba cargado de polvo, y la arena del lecho del río, llenaba nuestras botas y nuestros bolsillos, se nos entraba por el cuello, cubría nuestros bigotes. ¡Fué una de las más tremendas tempestades de polvo de aquel año!

Todos estábamos acurrucados en montón junto á los caballos, que temblaban. El trueno retumbaba sin cesar sobre nuestras cabezas, y el relámpago brotaba en todas direcciones del seno de las nubes como el agua de una esclusa.

No había, en rigor, peligro, si los caballos no se soltaban.

Yo estaba con la cara vuelta al viento, tapándome la boca con las manos, oyendo el golpear de los árboles unos con otros y sin poder distinguir nada, cuando no me alumbraba el rayo.

A su luz ví que me hallaba materialmente adherido á Saumarez y á la mayor de las hermanas Copleigh, teniendo mi caballo frente á mí.

Reconocí á Mrs. Copleigh porque llevaba alrededor de su sombrero un "pagri" (1) y su hermana no.

La electricidad de la atmósfera había penetrado en mi cuerpo y temblaba y me estremecía de pies á cabeza, como el trigo se inclina y estremece antes de la lluvia.

La tormenta era horrible. Podía creerse que el viento iba á levantar el globo en peso para arrojarle después hecho pedazos, y el calor aumentó tanto, que hería la tierra con un fuego semejante al del día del Juicio final.

Al cabo de media hora la tempestad se calmó, y entonces oí sonar junto á mi oído una voz débil, que con acento desconsolado, pero dulce y suave como el quejido de un alma que, perdida, gira con el viento, suspiraba:

—¡Oh, Dios mío!

En aquel momento, la más joven de las hermanas Copleigh tropezó conmigo y cayó en mis brazos, diciendo:

—¿Dónde está mi caballo? Démelo usted. Necesito marcharme. Lléveme usted á casa.

Creí que los relámpagos y la negra oscuridad la habían aterrado, y procurando tranquilizarla, le dije que no había peligro, pero que era preciso esperar á que la tormenta pasara.

—No es eso, no es eso,—me respondió.—Quiero irme: ¡sáqueme usted de aquí!

Le repliqué que no podíamos marchar hasta que la luz reapareciera: pero noté que se separaba de mí y se alejaba: estaba demasiado oscuro para poder saber hacia dónde.

En aquel momento, un espantoso relámpago rasgó el cielo, estalló el trueno, como si hubiese llegado el fin del mundo, y las mujeres gritaron horrorizadas.

[1] Adorno de tela blanca que se pone alrededor del sombrero, parecido al "yelmo" que usan los hon bres, y le da la apariencia de turbante.

En este mismo instante, sentí que la mano de un hombre se posaba sobre mi hombro, y oí á Saumarez que gritaba á mi oído.

Aunque el ruido de los árboles, en su incesante lucha, y los aullidos del viento no me dejaban percibir bien sus frases, al fin entendí que me decía:

—Me he equivocado al declararme. ¿Qué debo hacer?

Saumarez no me había hecho jamás ninguna confidencia. Nunca fui su amigo, ni aun ahora lo soy, y sospecho que él tampoco lo era ni lo es.

Cuando se puso en pie temblaba lleno de excitación; y yo, que experimentaba sensaciones muy raras, efecto de la electricidad, no acerté á decirle más que esto:

—Se necesita estar loco para pedir la mano de una mujer en medio de una tormenta como ésta. Pero no vea la forma de enmendar el error.

—¿Dónde está Edith,—me preguntó, dando un grito.

Edith era la menor de las hermanas.

Lleno de asombro, exclamé:

—¿Qué le importa á usted esa?

Por espacio de algunos minutos estuvimos gritando los dos como locos; él jurando que á quien había querido declararse era á la menor, y yo respondiendo, hasta enronquecer, que debía haberse equivocado.

No puedo explicarme esta escena más que pensando que ninguno de los dos sabíamos lo que hacíamos.

Todo aquello me parecía un sueño; desde el manoteo de los caballos en la obscuridad, hasta el hecho de contarme Saumarez la historia de sus amores con Edith Copleigh.

Aún seguía desgarrando mi hombro con la mano y pidiéndome le dijera dónde estaba Edith, cuando la tempestad volvió á calmarse; la obscuridad se iluminó algo y ví la nube de polvo formarse en la llanura, frente á nosotros: lo peor había pasado.

La luna se había escondido y comenzó á brillar con luz muy tenue la falsa aurora, que aparece una hora antes que la real; pero aquella luz era muy débil y la sombría nube seguía mugiendo como un toro.

Traté de averiguar hacia dónde se había dirigido Edith, y cuando estaba pensando en esto ví tres cosas á la vez: ví la cara de Magdalena Copleigh, la hermana mayor, que surgía sonriendo del seno de la obscuridad y se encaminaba en busca de Saumarez, puesto de pie junto á mí.

La joven suspiraba un "Jorge," á la vez que su brazo se deslizaba á través del brazo libre de Saumarez, y en su rostro se reflejaba esa alegría que se siente rara vez en la vida; demostración plena de que la mujer es totalmente feliz; de que para ella el aire está lleno de armonías y la tierra aparece envuelta en espléndidas nubes de color de fuego, porque ama y es amada.

Ví... la cara de Saumarez cuando oyó la voz de Magdalena; y ví, por último, á unos quinientos pasos del grupo de naranjos, una figura envuelta en amplio y obscuro traje de holanda, lanzarse sobre un caballo.

A causa, sin duda, de la sobreexcitación en que la tempestad me tenía, sentí una inclinación deplorable á mezclarme en lo que no me importaba, y cuando Saumarez se disponía á escapar en seguimiento de la que había montado á caballo, echándole hacia atrás, le dije:

—Espere usted aquí y dé explicaciones. A la otra yo le haré volver.

Y corrí en busca de mi caballo.

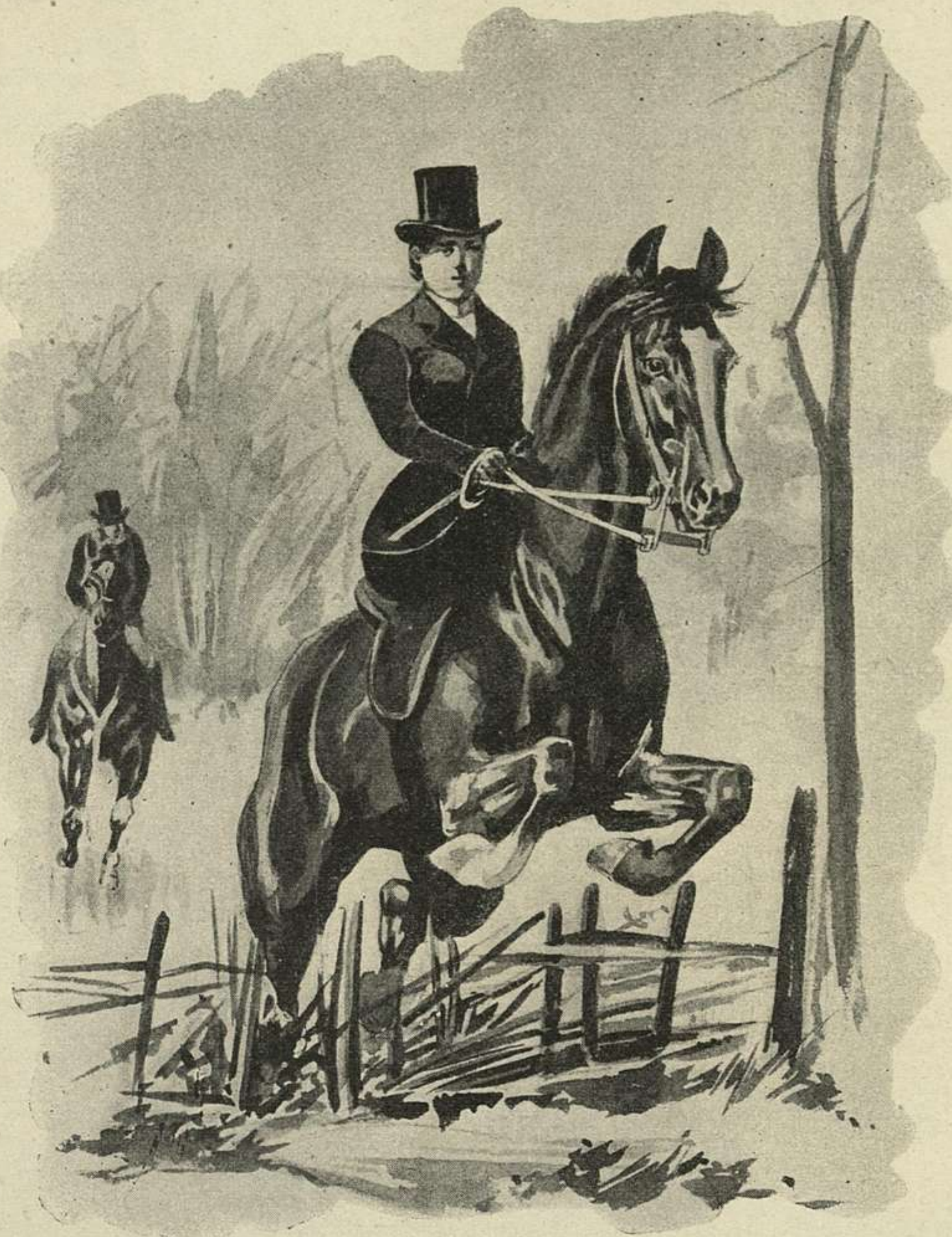
He profesado siempre la opinión, perfectamente inútil, de que todas las cosas deben hacerse con decencia y orden, por lo que creí que el primer deber de Saumarez era borrar suave-

mente del rostro de Magdalena el sello de ventura que le cubría.

Todo el tiempo que invertí en ajustar la cadena barbada de mi caballo, estuve pensando en qué forma saldría el hombre del paso.

Monté, y entendiendo que debíamos retrazar un poco la vuelta, me limité á poner el caballo á un paso algo vivo al encaminarme en busca de Miss Edith; pero ésta, apenas me vió, partió á galope, lo que me obligó á imitarla, y mientras corría, volvía la cara y gritaba:

—Déjeme usted. Voy á mi casa. Vuélvase usted.



Mi deber era alcanzarla primero y discutir después.

La carrera fué digna de aquel que seguía pareciéndome un mal sueño.

El terreno era muy malo, la tempestad volaba rápida delante de nosotros, y á cada paso penetrábamos violentamente en medio de los torbellinos que surgían de sus bordes, y semejando demonios de polvo nos ahogaban.

Un viento abrasador saturado del olor insoportable de los hornos de ladrillos, soplabá con fuerza, y entre la débil luz de la falsa aurora y los demonios de polvo, á través de aquella llanura desolada, aleteaba el traje de holanda obscura sobre el caballo castaño.

Primero tomé Miss Edith el camino del pueblo; después giró dirigiéndose hacia el río á través de los juncales quemados y abatidos por la tempestad, malos hasta para una carrera montados en puercos.

A sangre fría jamás se me hubiera ocurrido atravesar aquellos sitios de noche; pero cuando el rayo estalla sobre nuestras cabezas y un vapor, semejante al que exhalan los sepulcros, se mete en las narices, esto llega á parecer natural y hasta lógico.

Yo corría y corría gritando; ella, inclinándose hacia adelante, daba tremendos latigazos á su caballo, y en esto, un nuevo remolino de la tempestad nos alcanzó, empujándonos el viento hacia adelante como si hubiéramos sido pedazos de papel.

No sé cuánto tiempo duró la carrera; el golpear de los cascos de los caballos, el rugir del huracán, y el paso rápido de aquella lana de color de sangre y de apagada luz á través de una niebla amarilla, me hacían pensar que duraba años y años.

Estaba bañado literalmente en sudor de pies á cabeza, cuando el castaño tropezó, y aunque logró dominarse, se alzó completamente cojo. Mi caballo estaba inutilizado.

Miss Edith, cubierta de polvo y sin sombrero, daba lástima.

—¿Por qué no me deja usted sola?—gritó rudamente.—¡Yo no deseo más que irme á mi casa!

—Es necesario que vuelva usted, Miss Copleigh; Saumarez tiene que decirle algo.

Era este un modo un tanto imbécil de plantear la cuestión; pero apenas conocía á Miss Copleigh, y aun cuando estaba desempeñando el papel de Providencia, á costa de mi caballo, no podía explicarle en pocas palabras lo que Saumarez me había dicho, y él seguramente explicaría mucho mejor que yo.

Los pretendidos deseos de volverse á su casa, el cansancio... todo, desapareció en un momento: no hacía más que moverse en la silla y sollozar, mientras el viento sacudía su negra cabellera.

No refiero lo que me dijo, porque estaba completamente "deshecha."

He aquí lo que en realidad era la arisca Miss Edith.

¡Un hombre completamente extraño para ella, tratando de explicarle que Saumarez la amaba y que debía volver para oírlo de sus propios labios!

Creo que me hice comprender, porque aproximó su caballo al mío, y aunque cojeaba, le hizo avivar el paso, encaminándonos hacia la derruida tumba, mientras la tormenta seguía retumbando en el valle de Umballa y algunas gotas enormes de agua caliente comenzaban á caer.

Supe en el camino que Miss Edith estaba al lado de Saumarez cuando éste se declaró á su hermana, y al oírlo, quiso volverse á su casa para rabiarse libremente, como cumple á una señorita inglesa.

Varias veces durante la marcha se enjugó los ojos con el pañuelo, y su charla me demostró plenamente á dónde llegan la inconstancia del corazón y los efectos del histerismo.

Todo esto era sencillamente absurdo, pero parecía muy natural, dados el lugar y el tiempo.

El mundo estaba este día reducido á las dos hermanas Copleigh, á Saumarez y á mí, formando corro, ya iluminados por el rayo, ya envueltos en la obscuridad, y el hilo que había de guiar á este mundo extraviado parecía que se hallaba en mis manos.

Cuando regresamos á la tumba, en medio de esa tranquilidad parecida á la muerte, que sigue á las tempestades, comenzaba á brillar la aurora y encontramos á todos nuestros compañeros esperándonos.

Saumarez parecía el más impaciente: su cara estaba de cien mil colores, y cuando Miss Copleigh y yo llegamos con los caballos cojeando, salió á nuestro encuentro, ayudó á Edith á desmontar y la besó delante de todos.

Fué una escena verdaderamente teatral, aumentando la semejanza el polvo blanco con que todos estábamos cubiertos.

Hombres y mujeres parecían espectros que, agrupados bajo los naranjos, se disponían á aplaudir la elección de Saumarez, como si se tratara de la representación de un sainete. Jamás he visto nada más anti-inglés.

Por fin, Saumarez dijo que debíamos regresar, porque si no vendrían del pueblo á buscarnos, y me preguntó si tendría la bondad de ser el compañero de Magdalena. ¡Contesté que nada podía serme más grato!

Formamos, pues, seis parejas, y regresamos de dos en dos.

Saumarez acompañaba á Miss Edith, á la que había cedido su caballo.

El cielo estaba despejado y cuando el sol salió, noté que todos, poco á poco, íbamos entrando en la categoría de seres vulgares.

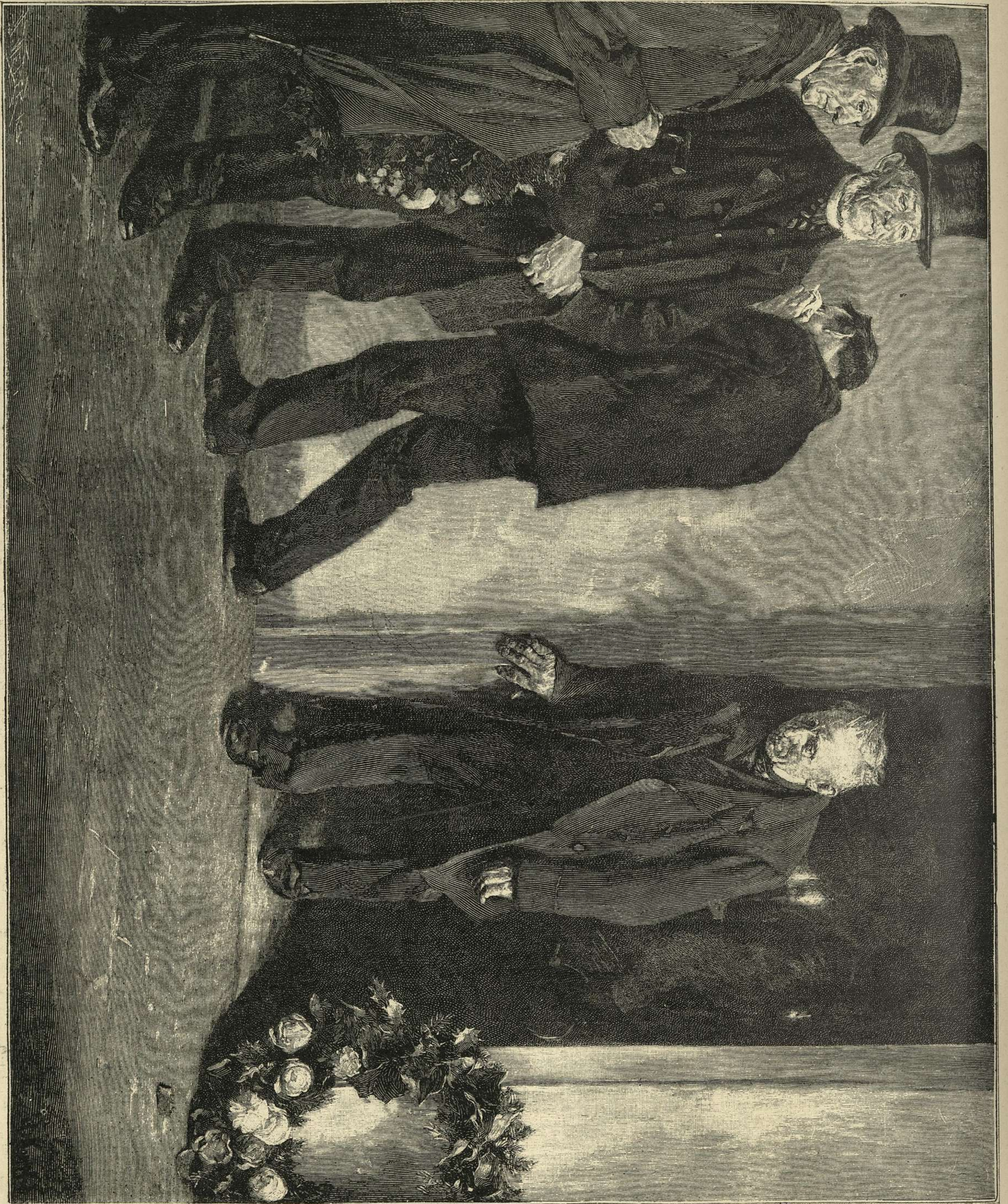
También aprendí que la tal "Arca de Noé" era una cosa completamente distinta de todas las demás de este mundo, y pedí á Dios que no se repitiera jamás. La habíamos hecho acariciados por una tempestad de polvo y por los bramidos de un viento abrasador!

Me sentía cansado, magullado y un tanto avergonzado de mí mismo, y me fui primero al baño y luego á la cama.

He aquí la historia, según la versión de una mujer.

Escrita no se verá jamás, como Magdalena Copleigh no se encargue de ello.

Rudyard Kipling.



EL ÚLTIMO ADIOS.